Mónica González

Chile

LA CONJURA

LOS MIL Y UN DIAS DEL GOLPE

BIBLIOTECA NACIONAL
00814472

CAPITULO XXVIII
LAS BOMBAS DE RACIMO

¿Cómo fue nuestro despertar ese 12 de septiembre de 1973? Las respuestas de los chilenos darían la magnitud del terremoto que había sacudido el país y cuyas secuelas quedarían imborrables por el resto del siglo. Miles de hombres y mujeres, que durante los últimos tres años habían osado acercar el cielo a sus manos, sin fijarse demasiado en los destrozos que dejaban en su intento, debían observar ahora con horror cómo ese mismo cielo se les caía a pedazos y que la peor de las pesadillas recién comenzaba. El derrumbe del cielo arrastraba todo a su paso: vidas, sueños, casas, amistades, caricias, fotografías, techos, libros y paredes. La intemperie total.

Para otros, era el inicio del camino de la victoria. Una que no envolvió a todos por igual. La Moneda bombardeada era el símbolo del cambio radical. Esa misma tarde, cuando el comandante Roberto Sánchez, ex edecán de Allende, regresó del entierro del Presidente no pudo reprimir el deseo de entrar al palacio presidencial. Su excusa fue imbatible: debía retirar sus efectos personales.

«El edificio estaba casi desocupado. Pasé por el Salón Independencia y vi el sillón manchado con sangre y restos de masa encefálica... Los impactos de bala en la muralla de atrás... Fue muy fuerte ver eso... Me senté en el sofá de felpa

roja... Recordé que, pocas horas antes, al momento de despedirse de nosotros, el Presidente nos explicó cómo se iba a suicidar... Hice la repetición de sus movimientos... ¿Habrán sido éstos? ¡El Presidente cumplió con lo que nos dijo!».[129]

Sánchez era ajeno al nuevo orden que se imponía bajo el amparo del propio presidente de la Corte Suprema: Enrique Urrutia Manzano. A sólo horas del bombardeo de La Moneda y la muerte de Allende y cuando el Estadio Chile y el Nacional comenzaban a abarrotarse de detenidos, Urrutia Manzano proclamó su «más íntima complacencia, en nombre de la administración de justicia en Chile», con los propósitos del «nuevo gobierno». Dos días después, los otros jueces del alto tribunal fueron recogidos en sus domicilios por un vehículo militar y llevados a la sede de la Corte Suprema, donde ratificaron esos dichos, dando su anuencia al nuevo régimen de facto. Ninguno de ellos tuvo reparos en el Decreto Ley N° 1 de la Junta Militar, el que estipuló que respetarían las resoluciones judiciales sólo «en la medida que la actual situación lo permita para el mejor cumplimiento» de sus postulados. La Corte de Apelaciones de Santiago fue también «íntimamente complaciente» con lo dicho en ese primer decreto ley y rechazó el primer recurso de amparo que presentó Bernardo Leighton en favor de Carlos Briones, Clodomiro Almeyda y otros.

La efervescencia en esas horas se concentraba en el Ministerio de Defensa. Allí se organizaron las fuerzas para asegurar el control de la capital a través de un masivo despliegue de tropas y bandos militares que se difundieron por cadena oficial. La exigua resistencia despertó temores y elucubraciones. Se sospechó que era sólo el preludio de nuevos combates. Los papeles se apilaban y ellos no satisfacían la mayor duda: ¿dónde estaban los dirigentes importantes de la Unidad Popular? La cacería recién se iniciaba.

Al caer la noche, por calle Franklin y en dirección al oeste, un bus de la CTC (compañía estatal de transportes) avanzaba con lentitud. Se internaba en la zona calificada

[129] El comandante Roberto Sánchez se fue a retiro en diciembre de 1973.

como «peligrosa» por los nuevos mandos militares. Allí donde las sombras y el miedo pertenecían a los pobladores. En una esquina, una patrulla militar reforzada le ordenó a su conductor detenerse. Desde la puerta abierta asomó un hombre joven con uniforme policial y presillas de teniente. Le pidieron el santo y seña. El teniente lo entregó. El uniformado de la guardia, con su fusil en alto, escudriñó con la mirada el interior del bus: sólo carabineros de rostros tensos y agotados. Con tono molesto, preguntó por qué no portaban el brazalete naranja que identificaba a las fuerzas «legales». El teniente, escueto, replicó que se les habían quedado en el cuartel ya que habían salido a la carrera a ejecutar una misión. Sus compañeros aguantaban la respiración con las armas listas para ser activadas. Las barreras se abrieron y el bus siguió su marcha. Pero el jefe del piquete no quedó satisfecho. Decidió comunicarse con un equipo del Ejército apostado a sólo tres cuadras de allí y le transmitió sus sospechas. A los pocos segundos, el jefe de la otra patrulla avistó el bus y ordenó a sus hombres que lo detuvieran. Esta vez el vehículo siguió su marcha. La orden fue más potente. El conductor aceleró. El estallido de un bazooka retumbó en el vecindario. Desde los fierros retorcidos sacaron más tarde a veintisiete hombres. El parte con el relato de la acción fue concluyente: «27 delincuentes políticos resultaron muertos». Sus restos fueron a parar a La Morgue.

No tuvo el mismo destino el piquete de hombres que, apostado en el sector de Cerrillos, atacó un helicóptero UH de la Fuerza Aérea que apoyaba un operativo en el cordón industrial de la zona. Después de derribarlo se perdieron en la oscuridad refugiándose en la población La Legua.

A las 20 horas, en la Escuela Militar, en el sector alto de la capital, la Junta Militar procedió a nombrar a los ministros del primer gabinete. Fue la segunda decisión colegiada importante, después de que en la noche anterior, acordaran que la presidencia de la Junta sería rotativa.

Gustavo Leigh:

-Todos estuvimos de acuerdo. Fue un compromiso verbal. Ni siquiera se dieron plazos. Tampoco hubo problemas

cuando Pinochet quiso asumir la cabeza de la Junta en función de que el Ejército era más poderoso y cubría todo el país. Las prioridades eran otras.

La CIA también fue informada del mando rotativo y de muchas otras decisiones que ni Pinochet ni Mendoza conocían aún, pero que estaban condensadas en los documentos preparados con antelación por los equipos de Merino y Leigh. En el informe, que el jefe de la estación en Santiago despachó el 11 de septiembre, se dice:

1. Según (...tarjado en el original), la Junta se rotará periódicamente entre los representantes de las Fuerzas Armadas.
2. El actual Congreso será cerrado.
3. La CUT será clausurada.
4. La ley de inamovilidad será abolida, la ley que impide el despido de empleados públicos también.
5. Se creará una nueva Constitución que será aprobada en un plebiscito.

6-. La Junta seguirá el modelo brasileño...

Merino declaró que la Marina se haría cargo de la conducción económica. Para eso se había preparado. Así le explicó a la periodista Malú Sierra su decisión:

«Dije que tomaba esa área porque acababa de ser director General de los Servicios de la Armada, lo que equivale a ser gerente general de la Marina y siempre me había gustado la economía. La había estudiado como hobbie. Había seguido cursos en la Enciclopedia Británica».

Pero su respaldo estaba condensado en «El Ladrillo», el documento preparado desde el año 72, en estricto secreto y por orden de la Armada, por un grupo de economistas bajo el alero de la SOFOFA. El mismo día 11 se sacaron cientos de copias, las que estuvieron listas para ser distribuidas entre las nuevas autoridades. Si bien Pinochet no puso objeciones a la decisión que anunció Merino, sí insistió en que el ministro de Economía fuera un miembro del Ejército.

Pinochet y Merino, ambos de 57 años, eran los más antiguos. Leigh, con sus 53 años, era el menor y el más

vigoroso. Era, además, el que infundía el mayor temor entre los partidarios de Allende, que recordarían durante muchos años su promesa hecha al momento de asumir su puesto en la Junta Militar: «hay que erradicar el cáncer marxista de raíz». En las filas del Ejército sobresalían los generales, Oscar Bonilla (55 años) y Sergio Arellano (52 años).

Al momento de anunciar los nombres de los nuevos ministros quedó claro que los «dueños del Golpe» en la Fuerza Aérea, la Marina y Carabineros habían sido recompensados. En el Ministerio de Relaciones Exteriores se designó al almirante Ismael Huerta (58 años)[130], el hombre que había asumido muchas veces la representación de Merino en las reuniones de la cofradía golpista en Lo Curro. En esa misma cartera tomó su lugar, como asesor, Orlando Sáenz, presidente de la SOFOFA y jefe del «comando de guerra» de los empresarios. En una posición paralela quedó el empresario Ricardo Claro. En Defensa se ubicó el almirante Patricio Carvajal (53 años), el gran coordinador de la conjura, función que pudo continuar al tener bajo su dependencia el Estado Mayor de la Defensa Nacional. Y la cartera de Hacienda quedó en manos del contralmirante Lorenzo Gotuzzo.

Arturo Yovane, el jefe del Golpe en Carabineros, fue nombrado ministro de Minería, un puesto clave tras la reciente nacionalización del cobre, y dos de sus pares en la ruta anti-Allende, los generales Diego Barba Valdés y Mario McKay, en Tierras y Colonización y Trabajo, respectivamente. Las carteras de Obras Públicas, Agricultura y Salud quedaron para la Fuerza Aérea. Leigh marcó de inmediato la diferencia. En la segunda cartera, nombró a Sergio Crespo. No era coronel en retiro de la FACH, desde el punto de vista estrictamente militar, sino ingeniero y agricultor de Colchagua asimilado. El general Nicanor Díaz Estrada mantuvo su cargo en el Estado Mayor de la Defensa Nacional, la poderosa estructura que seguiría manejando los hilos del poder, incluyendo la tarea de inteligencia, durante los primeros días. En cuanto al general Francisco Herrera,

[130] Ismael Huerta también fue recompensado con un ascenso. El 16 de septiembre un decreto ley lo ascendió a vicealmirante.

éste recibiría la misión de organizar los primeros campos de prisioneros.

Pinochet se encargó, en esa primera decisión importante, de demostrar quién tenía el control de la situación en el Ejército. De los «dueños» del Golpe en esa rama institucional, los generales Arellano, Nuño, Vivero y Palacios, sólo Vivero fue ubicado en el gabinete: lo designó ministro de la Vivienda. En Economía nombró al general Rolando González Acevedo, tercera antigüedad, un hombre de su confianza y testigo de su relación con Allende, ya que había sido el último ministro de Minería del recién fallecido Presidente. Hubo sorpresa entre algunos hombres del Ejército que participaron de la conjura. Pensaban que ese cargo le debió haber correspondido al general Sergio Nuño, uno de los principales autores del «memorándum secreto» que enviara el «Comité de los 15», en julio, a Salvador Allende y comentarista económico permanente de la marcha del gobierno de la Unidad Popular en los consejos de generales. Nuño debió conformarse con la vicepresidencia de la CORFO. Merino, que no confiaba ni en las capacidades de Pinochet ni en las del general González, el día 12 de septiembre, a sólo horas del Golpe, llamó a su amigo Roberto Kelly, ex marino e integrante de la «Cofradía Naútica» donde se gestó «El Ladrillo» y le dijo «¡Tráeme nombres!».[131] Kelly cumplió. Y él mismo se convirtió, ese mismo día, en uno de los hombres más trascendentes en marcar la impronta de los «Chicago» en el régimen militar, al asumir como ministro de Odeplán.

Tanto le importaba la conducción económica a Merino que, un día después de convocar a Kelly envió una patrulla a la casa del economista Sergio de Castro, uno de los autores de «El Ladrillo», con un mensaje urgente: se requería su presencia. Cuando lo tuvo al frente le pidió que se incorporara de inmediato como asesor económico de la Junta Militar. De Castro, como futuro ministro de Hacienda y Kelly desde el semillero de «Chicagos», en Odeplán, serían los dos pilares del nuevo orden económico.

[131] Del libro *Los economistas y Pinochet*, de Arturo Fontaine Aldunate.

No fue la única ayuda que tuvo Merino esos primeros días en el poder. El 13 de septiembre, acompañado del almirante Lorenzo Gotuzzo, recién nombrado ministro de Hacienda, visitó las bóvedas del Banco Central para constatar la reserva de que se disponía. Un tercer hombre integraba la comitiva: Antonio da Cámara Canto, embajador de Brasil en Chile. El día 11 había sido uno de los rarísimos civiles en presenciar la toma del poder de la Junta Militar, y el primer representante de un gobierno extranjero en reconocer al nuevo mando del país. Los lazos de la dictadura de Brasil con la de Chile quedarían sellados de manera más sólida esa mañana en el Banco Central, cuando el poderoso embajador obtuvo, con una simple llamada telefónica, el primer préstamo internacional: seis millones de dólares. Poco después aterrizaban en Santiago los primeros oficiales de las Fuerzas Armadas de Brasil que, bajo el pretexto de ayudar en la captura de los «extremistas» de ese país que se habían refugiado en Chile, asesorarían en la técnica de interrogatorios.

Dos civiles integraron ese primer gabinete. En Educación, fue designado José Navarro, un ex profesor de Augusto Pinochet, que duró apenas algunos días en el cargo antes de ser enviado a Costa Rica, como embajador. En Justicia fue nombrado Gonzalo Prieto, hijo de oficial de la Armada y él mismo estrechamente vinculado a la Auditoría de esa institución. En el cargo de director de Prisiones nombró al coronel de Carabineros Hugo Hinrischsen, quien se había integrado a la conjura en presencia de Arellano y Yovane. Ni Prieto ni el coronel Hinrischsen[132] sospechaban cuán difícil e ingrata sería la tarea que iniciaban en Justicia.

Para la principal cartera, la de Interior, Pinochet escogió al general Oscar Bonilla. La decisión ya la había adelantado el lunes 10, cuando reunió, en el comedor de la comandancia en jefe del Ejército, a los generales que iban a participar al mando de la acción golpista. Ese día, y ante la presencia de Leigh, Pinochet comunicó que si algo le ocurría, su «sucesor» sería Bonilla, quien se desempeñaba

[132] El coronel Hugo Hinrichsen tuvo serios problemas con Manuel Contreras en 1974 por el trato con los prisioneros y debió irse a retiro sin haber ascendido a general.

como director de Logística del Ejército. Y lo instaló en el Comando de Tropas de Peñalolén, cuyo mando pertenecía a Arellano, desde donde dirigió las operaciones del Golpe. Si bien, para la mayoría de la población, Bonilla era un conspirador de la primera hora, la verdad fue otra: no había participado en sus acciones preliminares. Sus relaciones privilegiadas con la Democracia Cristiana habían comenzado en 1966, cuando fue designado edecán del Presidente Frei Montalva. Allí conoció a todos sus ministros y dirigentes importantes de ese partido, en especial, a Juan de Dios Carmona, ministro de Defensa y uno de los principales instigadores del Golpe, desde el mismo día en que Allende ganó la elección del '70. Fueron dos intensos años de contacto directo con los pasillos del poder. Cuando, en 1967, le entregó el cargo a Sergio Arellano y partió a España como Agregado Militar, Bonilla no tenía un diploma, pero los que lo conocían supieron que había adquirido un roce político del que sus pares carecían. Y era consciente de su valor.

Bonilla fue uno de los dos oficiales del Ejército que vivió los acontecimientos de esos primeros días de toma del poder en el escenario principal. El otro fue el coronel Pedro Ewing Hodar, al que Pinochet designó ministro Secretario General de Gobierno y oficiaría de secretario de la Junta. Hubo un tercer oficial de Ejército que también tuvo acceso privilegiado al nuevo círculo de los «elegidos»: el coronel Enrique Morel Donoso[133], «cofrade» de Lo Curro de la primera hora. Se había convertido en edecán de Pinochet el 10 de septiembre, cuando el general Arellano lo propuso para esos efectos.

Morel había asumido, en junio de 1973, la subdirección de la Academia de Guerra, bajo el mando del general Herman Brady, a quien los conjurados miraban con recelo

[133] Enrique Morel ascendió a general en 1974 y dejó de ser edecán. En 1977, fue el jefe militar de la Zona de Santiago. Fue presidente de Soquimich y en 1979 le dejó su cargo a Julio Ponce Lerou, yerno del general Pinochet. En marzo de 1981 fue designado embajador extraordinario y plenipotenciario ante todas las sedes diplomáticas de Chile en el extranjero. En 1982 fue presidente de Codelco y director del Banco del Estado, desde 1982 a 1989. Fue rector de la Universidad de Chile. En 1989 reemplazó a Pedro Ewing en la Dirección de Frontera y Límites en la Cancillería.

por el episodio que lo llevó al generalato. En enero de 1971, el Senado objetó su ascenso y la intervención directa del ministro José Tohá, a pedido de Allende, masón como Brady, le permitió seguir en actividad. A pesar de que Brady se había hecho respetar, no tuvo todos los méritos para ser incorporado al grupo golpista de la Academia de Guerra, encabezado por Morel y el teniente coronel Sergio Arredondo, el mismo que asumió el 10 de septiembre como jefe de Estado Mayor del general Arellano para la operación del Golpe.

La actividad conspirativa desplegada por Morel y Arredondo, líderes del «grupo de los coroneles», tuvo un impulso cuando, el 24 de agosto, Pinochet nombró a Brady comandante de la Guarnición de Santiago en reemplazo del general Mario Sepúlveda. Hasta ese momento, el grupo de la conjura en la Academia de Guerra lo integraba un reducido grupo de profesores: los coroneles Roberto Guillard[134] (profesor de Logística) y Carlos Meirelles (Historia Militar y Estrategia); los tenientes coroneles Oscar Coddou (profesor de Geografía Militar y Geopolítica), Walter Dorner (Historia Militar y Estrategia), Charly Hensel (Informaciones); y el mayor Atiliano Jara. A ellos y en un lugar de primacía, se unía otro profesor, el coronel Eduardo Fornet[135], oficial de la Fuerza Aérea y miembro también originario de la cofradía de Lo Curro. Y en otro lugar destacado se ubicaba el capitán de fragata Rodolfo Calderón Aldunate, profesor de Guerra Marítima. Un oficial ecuatoriano seguía los pasos de los conjurados: el teniente coronel Luis Cuevas Alfaro, profesor de Logística.

En los primeros días de septiembre, los profesores decidieron ampliar el grupo, incorporando a determinados alumnos del curso que se graduaba ese año. Entre los veinticinco alumnos, destacaban Alejandro González

[134] Roberto Guillard fue el locutor oficial del Golpe el 11 de septiembre. Integró la CONARA y en 1976 fue subsecretario de Guerra. En 1981 dirigió el COAP, que luego se transformó en Estado Mayor Presidencial. Desde 1979 hasta 1982 fue director de la Compañía de Teléfonos. Ministro de Vivienda en 1982 y 1983. Intendente de Santiago, en 1984 y Agregado Militar en Estados Unidos hasta 1986. En 1985 ascendió a mayor general y en 1987 asumió la Dirección de Logística. En 1988 pasó a retiro y fue nombrado por Pinochet consúl general en Los Angeles.

[135] Eduardo Fornet fue después Director de Inteligencia de la Fuerza Aérea.

Samohod[136], Gustavo Abarzúa, Carlos Parera[137], Héctor Darrigrandi, Raúl Iturriaga Neumann, Rolf Wenderoth y Ernesto Videla[138].

Con el coronel Enrique Morel de edecán de Pinochet, la dirección de la Academia de Guerra quedó acéfala. Asumió de oficio el teniente coronel Sergio Arredondo. Y si bien el hecho rompió con todas las tradiciones y estructura del mayor centro de formación del Ejército, en esos días de septiembre de 1973 las preocupaciones y afanes eran otros. Al punto que la gran mayoría de los oficiales -profesores y alumnos- serían llamados a ocupar funciones relevantes de asesoría de gobierno.

Si aparentemente los que partían eran mirados como los «elegidos», en estricto rigor, los oficiales que se quedaron en la Academia de Guerra bajo el mando transitorio del teniente coronel Sergio Arredondo, serían los que muy pronto tuvieron el mayor poder jamás desplegado en la historia del régimen militar: a fines de septiembre, instaló allí su base de operaciones el coronel Manuel Contreras Sepúlveda.

Pero para eso faltaban aún otros acontecimientos importantes.

Las bombas que cayeron en La Moneda resultaron ser de racimo. Una de ellas explotó a miles de kilómetros, en el medio de Europa. La muerte de Allende y el Golpe de

[136] Alejandro González Samohod, considerado un intelectual dentro del Ejército, después del Golpe se integró a la COAJ, formó parte de la comisión que creó la CONARA y fue el primer jefe del Departamento de Racionalización. En 1975, fue observador de la ONU en Medio Oriente. Desde 1975 a 1981, comandante del Regimiento Copiapó e Intendente de Atacama. Fue Agregado Militar en Argentina y jefe de gabinete de Gordón en la IV Comisión Legislativa. Ascendió a general en 1986. En 1987 fue comandante del Comando de Telecomunicaciones y luego Intendente de la IX Región. En 1989 fue designado comandante de la Guarnición de Santiago pero, finalmente, por extrañas razones, no se trasladó, siendo designado comandante de la Región Militar Austral. En 1989 ascendió a mayor general. Después de su retiro ingresó a la UDI.

[137] Carlos Parera, del arma de Artillería, fue jefe del Departamento Exterior de la DINA, director de la Escuela de Paracaidistas y Fuerzas Especiales, en 1981, y en 1985, Agregado Militar en Francia. Ascendió a general en 1986. En 1989 fue designado comandante en jefe de la II División del Ejército. En 1990, el Presidente Patricio Aylwin vetó su ascenso a mayor general. Fue enviado a Sudáfrica como Agregado Militar y al año siguiente pasó a retiro.

[138] Ernesto Videla fue uno de los primeros integrantes del COAJ y desde allí fue asignado a la Cancillería, en 1976. En 1986 ascendió a general y al año siguiente fue nombrado subsecretario de Relaciones Exteriores. En 1988, viceministro de Relaciones Exteriores. Se fue a retiro en 1988.

Estado provocaron un efecto traumático sobre la izquierda europea. Impresionantes multitudes de hombres y mujeres de todas las edades salieron a las calles a rendir homenaje a Salvador Allende, símbolo del socialismo democrático. En Italia, Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista, la misma noche del 11, se encerró en su casa a escribir, impactado por las noticias que llegaban desde Santiago. La derrota de la «vía chilena al socialismo» tenía lugar cuando su partido iniciaba el difícil, pero acelerado, alejamiento del modelo soviético. Cuatro días más tarde, el sábado 15 de septiembre, Berlinguer llegó a las oficinas de *Rinascita*, el semanario ideológico del partido, con un extenso artículo titulado «Reflexiones después de los acontecimientos de Chile». En él, por primera vez, un alto dirigente comunista proponía una alianza histórica con sectores no marxistas, como condición para materializar un proyecto de cambios. Berlinguer planteó, en síntesis, que los militares chilenos habían demostrado que en los países bajo la poderosa influencia de Estados Unidos -y guardando las proporciones, decía, Chile y Italia eran comparables en ese parámetro- no bastaba con acceder al poder político con casi un 50% de los sufragios. Lo que se requería era el mayor apoyo popular posible, una mayoría que, en Italia, no podía construirse sino en alianza con la Democracia Cristiana. Berlinguer finalizaba sus «lecciones» con un llamado a rubricar un gran «compromiso histórico» entre el Pc y la Democracia Cristiana italiana. Esa estrategia encontraría un oído receptivo en el dirigente Dc, Aldo Moro[139].

En Francia, Alain Touraine, uno de los cientistas políticos más reputados de ese país, escribió en *Le Nouvel Observateur* del 1 de octubre de 1973:

> La sentencia de muerte de la Unidad Popular la dictó su incapacidad para integrar los elementos contradictorios que la componían. Era una especie de federación de movimientos que divergían cada vez más. Desde la

[139] Aldo Moro fue secuestrado por las Brigadas Rojas el 16 de marzo de 1978, siendo presidente de la Dc italiana. Su cuerpo sin vida fue encontrado en el baúl de un automóvil, el 9 de mayo de 1978. Con él desapareció el único líder de ese partido que consideraba el «compromiso histórico» como una vía posible y necesaria.

primavera de 1972, ya no existía prácticamente una unidad de dirección económica. Por un lado, estaba la tentativa de izquierda en el seno del PS y por otro, la voluntad del PC de dialogar con la Democracia Cristiana. Después del Golpe abortado del 29 de junio, la evolución divergente de las dos tendencias de la Unidad Popular se acentuó. Vivimos, en el mes de junio, un juego institucional florentino en la cumbre y una explosión de fuerzas sociales en la base. En la disgregación general, las FF.AA. asumieron el papel de «defensoras de la Nación». Intervinieron tanto para quebrar la izquierda como para romper el sistema político... No puede separarse el análisis del Golpe del análisis de la crisis de la UP misma. Y de su incapacidad para ejercer una gestión económica coherente.

En Argentina, el Presidente Juan Domingo Perón también se inquietó ante las informaciones que provenían de Chile. Y de la inquietud pasó a la preocupación: empezó a temer un cerco sobre su país. No estaba equivocado. Las primeras acciones conjuntas que emprenderían poco meses después la DINA con su símil argentino, el SIDE (Servicio de Inteligencia del Estado) y la «Triple A» lo corroboraron. El derrocamiento, años después, de su viuda Isabel, que asumió la Presidencia tras su muerte, estuvo en parte prefigurado en Santiago.

Es probable que el general Carlos Prats haya pensado encontrar algo de alivio en el vecino país. Ignoraba que allí también se incubaba un Golpe con mucha antelación. Pero, las horas posteriores al 11 de septiembre no daban demasiado espacio al análisis. La vida del antecesor de Pinochet al frente del Ejército se había trastocado por completo y estaba a tal punto amenazada, que sólo le quedó tomar la drástica y rápida decisión de partir. Antes, debió desmentir, ante las cámaras de televisión, que encabezaba a fuerzas rebeldes que venían desde el sur, un mito ampliamente difundido, especialmente entre los escasos grupos armados que resistían el Golpe. «Por conciencia de cristiano y formación de soldado, no deseo contribuir al derramamiento de sangre entre compatriotas...», dijo, en su dramática in-

tervención. Fue, también, su última aparición pública: nunca más daría una entrevista. A las cinco de la tarde del viernes 14, Prats se despidió de su familia y también de su esposa Sofía, la que se quedó en Chile acompañando a su hija mayor (Sofía), embarazada de ocho meses. Cargó una pistola distinta a la habitual, más potente, amartillada, lista para ser usada en cualquier momento. La guardó con gesto decidido y se fue con su chofer, Germán López, en dirección al paso fronterizo Las Cuevas. Pero, en algún recodo del camino Prats descendió del vehículo y el coronel René Escauriaza tomó su lugar. Para ser un señuelo perfecto se puso incluso la gorra de Prats. En otro automóvil, Prats, en compañía del mayor Osvaldo Zabala, se dirigió al aeródromo de Tobalaba. Un helicóptero esperaba. Una versión indica que cuando el piloto se mostró dudoso de emprender el viaje hacia Portillo, Zabala lo apuntó con su pistola. Lo cierto es que Prats llegó a Portillo a las 7.40 horas del 15 de septiembre. Y de allí se fue en auto a la frontera, donde era esperado por altos oficiales del Ejército argentino, enviados por el general Jorge Raúl Carcagno, comandante en jefe. Un general que acababa de impugnar la «Doctrina de Seguridad Nacional», el TIAR, y el sistema interamericano de defensa. Antes de despedirse de sus amigos y camaradas de armas, Prats les entregó una carta para Pinochet:

El futuro dirá quién estuvo equivocado. Si lo que ustedes hicieron trae el bienestar general del país y el pueblo realmente siente que se impone una verdadera justicia social, me alegraré de haberme equivocado al buscar con tanto afán una salida política que evitara el Golpe.

El domingo 16 de septiembre marcó la agenda del país en el nuevo orden que se iniciaba. Habían transcurrido sólo cinco días y parecía un siglo. Los dirigentes de la Unidad Popular y ex ministros de Allende, detenidos en la Escuela Militar, jamás han podido olvidar ese domingo. Allí estaban los ex ministros Orlando Letelier, Sergio Bitar, Fernando Flores, Clodomiro Almeyda, Aníbal Palma, José Tohá, Jaime

Tohá, Jorge Tapia, Orlando Cantuarias, Luis Matte, Edgardo Enríquez, Arturo Jirón, Pedro Felipe Ramírez. También llegarían Carlos Lazo, Miguel Lawner, Daniel Vergara, Julio Stuardo, Aniceto Rodríguez, Osvaldo Puccio y su hijo Osvaldo, quien se resistió a abandonar a su padre enfermo...[140]

Enrique Kirberg, rector de la Universidad Técnica del Estado era uno de ellos:

-De improviso, llegó un hombre al que nos presentaron como el recién nombrado ministro de Justicia, Gonzalo Prieto. Nos dio el pésame por la muerte de Salvador Allende y luego nos preguntó si estábamos dispuestos a partir al destierro. Todos respondimos negativamente. Los ministros, ejecutivos de gobierno y parlamentarios dijeron que querían dar cuenta pública de su gestión y vida. Se redactó un documento explicando nuestras razones. Nos vigilaba gente del último curso de la Escuela Militar, nos trataban muy mal, con constantes vejámenes. Al tercer día, el sábado 15, mientras hacíamos cola para el escaso almuerzo, nos subieron a unos buses. No sabíamos adónde nos llevaban y comencé a inventar una historia: nos llevaban al aeropuerto, nos dejarían en un avión Air France y partiríamos todos a Francia. ¡Qué forma tan infantil de relajarme! Llegamos a la Base Aérea El Bosque. Soldados nos revisaron minuciosamente, nos pusieron en el césped y un sargento se acercó. No había tenido oportunidad de romper mi carnet del PC, el que había escondido al interior del calcetín y el sargento lo encontró. Me miró y sin decir una palabra, pero mirándome fijamente, lo tiró a unos matorrales teniendo cuidado que no lo descubrieran. Nos subieron a un avión. Cuando a uno de nosotros le quitaron una prenda y le dijeron: «¡en

[140] La nómina de los primeros «prisioneros de guerra» de Dawson es la siguiente: Clodomiro Almeyda, Vladmir Arellano, Sergio Bitar, Orlando Budnevich, José Cademartori, Orlando Cantuarias, Jaime Concha, Luis Corvalán, Edgardo Enríquez, Fernando Flores, Patricio Guijón, Alejandro Jiliberto, Arturo Jirón, Alfredo Joignant, Carlos Jorquera, Enrique Kirberg, Miguel Lawner, Carlos Lazo, Orlando Letelier, Maximiliano Marholz, Carlos Matus, Luis Matte, Hugo Miranda, Carlos Morales, Héctor Olivares, Miguel Muñoz, Julio Palestro, Tito Palestro, Aníbal Palma, Walter Pinto, Osvaldo Puccio G., Osvaldo Puccio H., Pedro Felipe Ramírez, Aniceto Rodríguez, Camilo Salvo, Erick Schnake, Andrés Sepúlveda, Adolfo Silva, Hernán Soto, Julio Stuardo, Anselmo Sule, Ariel Tacchi, Jorge Tapia, Benjamín Teplisky, Jaime Tohá, José Tohá, Luis Vega, Daniel Vergara, Sergio Vuskovic y Leopoldo Zuljevic.

Punta Arenas te la entregamos!», tuvimos el primer indicio de nuestro próximo destino. En el avión nos vigilaban soldados con fusiles de repetición. La llegada a Punta Arenas fue increíble. Era de noche y aterrizamos en un aeropuerto secundario. El sector estaba alumbrado con reflectores y soldados rodeaban el recinto con sus bayonetas armadas. Después de tomarnos una fotografía a cada uno, nos colocaron una capucha amarrada detrás de la nuca y nos hicieron subir a tientas a unos camiones. El oficial al mando de nuestro grupo, dijo: «Tengo una pistola en la mano, al que haga el más mínimo movimiento le disparo». A un soldado muy nervioso se le escapó un tiro el que rebotó en el camión y la bala se le introdujo a Daniel Vergara entre los dos huesos del brazo. Nadie hizo nada, lo dejaron que sangrara profusamente. Fueron largos minutos hasta que los vehículos se detuvieron. Bajamos de a uno. Después de un recorrido, que nadie sabía si llevaba a la muerte, nos metieron en la bodega de una barcaza. Nuevamente la orden fue de no hablar, no hacer ni un solo movimiento... De pronto, la barcaza zarpó. Era cerca de la medianoche. El sueño golpeaba a todos, pero también estaba prohibido dormir. Cuando la nave paró y salimos, estaba amaneciendo. Ante nuestros ojos se abrió un espacio lleno de nieve. Teníamos mucho frío. Fue un desembarco triste y tétrico. Escuchamos la voz del capitán gritar: «¡Ustedes son prisioneros de guerra!». Eran las seis de la mañana del domingo 16. Asumí, por primera vez, que estábamos en guerra. ¡Habíamos llegado a Isla Dawson!

Para la familia de Salvador Allende, ese domingo también se iniciaba un nuevo ciclo.

Isabel Allende:

-En el refugio de calle Seminario, el 12 de septiembre vivimos con Beatriz cada minuto del entierro de nuestro padre a la distancia. Imaginábamos a Tencha sola... El tiempo no se detenía... Avanzada la tarde, Beatriz recibió una llamada de su marido (Luis Fernández, alto funcionario de la embajada de Cuba). Le dijo que esta vez sí había garantías y que la pasaría a buscar para abandonar el país de inmediato. Luis llegó escoltado por un jeep militar. Al partir,

Tati me dijo: «Bueno, ¡y ahora a salir de aquí!». La despedida fue muy rápida, demasiado rápida... Esas horas únicas nos unieron mucho. Me paré en la puerta y vi partir el jeep que se llevaba a Beatriz... Entré a la casa e inmediatamente llamé al embajador de México. «Isabel, ¿dónde estás? ¡Voy a buscarte de inmediato!», dijo. Llegó en un auto con bandera blanca y un salvoconducto, después de haber traspasado ocho barreras militares. Traía un papel que lo autorizaba a retirar a Isabel Allende y dos menores. Se suponía que estaba con mis hijos. Cuando le dije al embajador que estaban conmigo Nancy Julien y Frida Modak, su reacción fue: «¡Las llevamos!». La despedida con la dueña de casa fue muy emocionante. Salimos, nos pararon las mismas ocho barreras militares. La actitud del embajador de México fue decisiva para poder llegar a la sede diplomática. De inmediato, partimos a buscar a Tencha a la casa de Felipe Herrera... El encuentro fue muy emotivo. Mi madre había enterrado a Salvador Allende sin nosotras, había pasado todas las humillaciones, no la dejaron abrir el cajón... Siempre tuvo la duda de si efectivamente lo había enterrado... Nos recibió emocionada y llorosa y, cuando el embajador le dijo «¡vamos a la embajada!», ella dijo «¡no!» Un no rotundo. Decía que debía permanecer en Chile. Nos costó mucho convencerla de que no era posible. El embajador le propuso, entonces, que fuera su invitada durante un tiempo. Fue la única manera de convencerla de salir... Era la noche del miércoles 12. De ahí nos fuimos a buscar a mis hijos. Pero en la casa de Gran Avenida no estaban ni Romilio ni los niños. Mucha gente me reconoció y empezó a salir de sus casas. Debimos salir rápido de allí. Un funcionario de la embajada de México volvió más tarde a buscar a mi marido y mis hijos. Cuando nos abrazamos, Gonzalo estaba muy afectado. El encuentro fue... dramático. Cuando nos separamos el día 11, Gonzalo supo que me iba a La Moneda para estar junto a mi padre. Romilio los dejó en casa de unos conocidos porque pensó que la casa de su familia representaba un peligro. Pero mi hijo, que tenía ocho años, vio televisión todo el día y presenció el bombardeo sabiendo que su madre y su abuelo estaban allí aden-

tro... Creyó que yo también estaba muerta... Y todo eso lo vivió solo, ya que Marcia, con su año y ocho meses, era sólo una guagua. Gonzalo me abrazaba una y otra vez, no podía creer que estuviera viva... Fue difícil convencer a mi madre de abandonar el país. Al final, puso una última condición: se iría, pero con toda la familia. Beatriz ya había salido, yo estaba con toda mi familia, y mi hermana Carmen Paz, que nunca se había metido en política, recibió la ayuda de una médico amiga, Mónica Bruzzone, y pudo llegar con todo su grupo familiar. Por fin estuvimos todos reunidos. No sé por qué se me vino a la memoria una anécdota banal. Tencha no tenía ropa y se acordó que tenía ciertas cosas donde una costurera que vivía cerca del Estadio Nacional. Convenció a María Teresa, esposa del embajador, para ir a buscarla. Tencha se bajó del auto y al entrar al pasaje donde vivía la señora, algunas personas la reconocieron y corrieron a abrazarla. Con el bullicio, más gente salió de sus casas y pronto eso era una verdadera manifestación, ante la mirada horrorizada de María Teresa. La costurera le llevó a mi madre a la embajada un traje amarillo lúcuma, el único que tenía. Abandonamos el país... Al llegar a México nos esperaba el Presidente Luis Echeverría, su esposa María Ester y el gabinete completo en el aeropuerto. Las mujeres, vestidas del más riguroso luto, y todos los hombres con corbata negra. Y Tencha se bajó con su traje amarillo lúcuma... Era el domingo 16 de septiembre, día de México...

En Santiago, ese primer domingo después del Golpe, el sol alumbró la capital. La familia Allende ya estaba fuera y los «jerarcas» de la Unidad Popular en Dawson. Los presos seguían poblando el Estadio Chile y el Estadio Nacional. Aquel día, el general Bonilla, ministro del Interior, decidió salir a terreno. Y para ello escogió los sectores de poblaciones de menos recursos en donde los militares sabían que la UP y, sobre todo Allende, tenían su mayor sostén. Bonilla alimentaba una secreta ambición: rescatar el apoyo de los pobres con medidas efectivas que permitieran revertir el miedo y dar garantías de que el nuevo régimen los apoyaría. La prensa lo acompañó durante un recorrido en el que se palpaba el miedo de los pobladores, bajo permanente control,

con allanamientos masivos y operativos de ocupación. Bonilla, un hombre alto y delgado, siempre sonriente y hábil con las palabras, demostró ante las cámaras que poseía carisma y don de comunicación y que, además, imponía respeto por presencia. Un respeto que no emanaba sólo del temor al nuevo orden militar.

A esa misma hora, en otro sector de Santiago, otro oficial de Ejército, el coronel Julio Canessa, desplegaba la fuerza de todas las unidades bajo su mando pero para fines diferentes. Los habitantes del sector comprendido entre Vicuña Mackenna, Parque Forestal, Portugal y Torres del San Borja, se vieron abruptamente arrastrados fuera de sus hogares ante un despliegue masivo de militares fuertemente armados que acordonaron las calles e ingresaron a las casas con violencia. Los gritos se mezclaron al ruido de puertas derribadas y al del paso de las botas de más de mil efectivos del Ejército y Carabineros. Las horas de terror fueron más intensas en el área de las Torres del San Borja. Hasta allí llegaron militares con planos de los edificios, iniciando un allanamiento metro por metro. Las alcantarillas fueron el foco de otro grupo especializado. Las órdenes eran perentorias. Se registró a cada persona y cada rincón de los departamentos. Poco después, en la calle, se fueron apilando cerros de literatura considerada «subversiva» por los soldados. La TV siguió en detalle la operación, hasta el momento en que el jefe dio la orden de quemar el material incautado. El fuego consumía los libros y algunos de los títulos -muchos clásicos y autores de renombre de la literatura mundial- alcanzaron a ser filmados antes de que fueran incinerados frente a la mirada vigilante de los soldados. Las imágenes dieron la vuelta al mundo y se ganaron un lugar en la historia. La medida, que se convirtió en símbolo de la barbarie militar, causó una de las primeras discusiones abiertas en el nuevo cenáculo del poder. Y en el Estado Mayor de la Defensa Nacional, la indignación tuvo un nombre esa noche: el coronel Julio Canessa, director de la Escuela de Suboficiales.

Canessa, el mismo coronel que sólo pocos días antes había corrido hasta la oficina de su superior, el general César

Benavides, y de su amigo el coronel José Domingo Ramos, para comunicarles, alarmado, que se estaba preparando un Golpe de Estado y que algo había que hacer...

Bonilla fue informado de lo sucedido. El episodio se agregó a una larga lista de desaciertos. Esa misma noche, a través de una cadena de radio y televisión, intentó tranquilizar a una parte de la población aterrorizada por las acciones militares de esos días:

> -...Quisiera esta noche tranquilizar a mucha gente que está confundida por rumores que no tienen fundamento. Esta noche, justamente en la víspera de iniciar mañana las actividades que permitirán que la capital recupere su ritmo normal, hay posiblemente temor en algunos hogares. Aunque sean pocos, esos hogares nos interesan porque son de chilenos. Entendemos su aflicción y les damos la mano. ¿Quiénes tienen temor? El funcionario del gobierno anterior, el poblador que piensa que le van a quitar su rancho, que le van a bombardear su casa, la madre del detenido o el hijo que espera a su padre. Nosotros queremos decirle a cada uno de ellos que no perseguimos las ideas sino los hechos, que no miramos su color político sino su eficiencia y honestidad. En consecuencia, nada tienen que temer los que nada han hecho. Queremos solamente, en este Chile, cicatrizar la gran mancha de odio que se había enseñoreado en el país y que había separado en bandos la nación. Por eso, está muy lejos de nosotros ese espíritu de revancha o de buscar motivos para dejar hogares sin sus medios de sustento. A los parientes que tienen detenidos y que somos los primeros en lamentar, les decimos que tengan paciencia. Aproximadamente, hay unos cuatro mil detenidos en este momento en Santiago. La mayoría de ellos ha sido tomado en acción contra francotiradores, actuando desde edificios. Posiblemente ha caído mucha gente que es inocente. Entre estos detenidos no hay ninguno de los grandes apóstoles de la violencia. La mayoría de ellos, como digo, son inocentes. Pero no podemos darnos el lujo de equivocarnos. No tenemos derecho a equivocarnos, pero eso requiere tiempo. Tenemos que detectar a los verdaderos

culpables y eso requiere un proceso. Hay que interrogar a mucha gente. Es necesario tener paciencia, pero pronto la mayoría saldrá en libertad... Se ha designado al general, señor Herrera de la FACH, para que tenga a cargo este servicio y todo lo que se refiere a los detenidos. Hay un alto jefe encargado de todo lo que se refiere a sus necesidades materiales, a la atención médica, a la atención sanitaria y a ropa y frazadas para dormir, a su alimentación e higiene. Y también hay otro jefe encargado de aumentar, multiplicar y guiar, con una dirección unificada, todos los equipos de interrogadores, de manera que esto salga mucho más rápido de lo que hasta ahora ha marchado. En pocos días más posiblemente ya estaremos en condiciones de entregar las listas de todos los detenidos y también de instalar, en el lugar donde estén recluidos, un servicio de información que permita a sus familiares informarse sobre el estado de sus parientes. En todo caso, cualquier detenido que esté en el lugar de detención va a ser sometido al procedimiento legal que corresponde, de acuerdo a lo que se ha establecido para nuestros Consejos de Guerra. Va a tener su derecho a defensa y nadie será omitido de este procedimiento judicial... Al poblador, al cual se le hacen llegar muchos rumores infundados, le decimos que los rechace porque no tienen ninguna raigambre. A ese poblador le digo que recuerde cuando llegó al cuartel: ¿quién estaba a su lado a la primera hora de la mañana al toque de clarín?, ¿quién estaba presto, afectuoso, listo para iniciarles sus enseñanzas, sus primeros hábitos de higiene? Su sargento, su capitán. Yo le pregunto a este poblador si cree que estos mismos hombres, sus antiguos compañeros de fatiga, van a ser los que les van a quitar su sitio y los que van a bombardearles su casa. ¡Es absurdo! Las Fuerzas Armadas quieren sólo una cosa: que nadie toque su sitio y que su «mejora» se transforme en una casa de verdad. Las Fuerzas Armadas, en estos allanamientos dolorosos, pero indispensables, no buscan pobladores. Buscan armas y también a los que las empuñan y que se esconden entre ellos. Quien debe temernos es el extremista que insiste en la violencia y que insiste en crear un estado en que obligue a pertur-

bar las actividades de la nación, al extranjero que ha abusado de la hospitalidad y con el cual no tendremos consideración alguna. Lo perseguiremos hasta el final, porque ese extranjero tiene que saber que, mientras haya un soldado, nada sacará con una bala asesina con la que busque eliminarlo, porque diez soldados correrán a recoger su fusil. También tiene que temernos el delincuente, el que ha abusado de un cargo, de una función para cometer una fechoría. Esos son los únicos que tienen que temer. La gran mayoría, funcionarios honestos, correctos, cualquiera sea su color político o sus ideas, nada tiene que temer... Por eso, esta noche, antes de que se inicien, mañana, de nuevo las actividades normales en Santiago, queremos decirles: tengan confianza y optimismo. Detrás de esta noche, detrás de estos días oscuros, hay un gran amanecer para Chile. Tengan confianza. Son las Fuerzas Armadas de este país las que les hablan. Fuerzas Armadas que todos conocen desde largo tiempo, que todos respetan y que nosotros estamos obligados, por esa misma razón, a respetar esta palabra y cumplirla. Muy buenas noches.

CAPITULO XXIX
CONTRERAS, EL PUÑO DE LA DEPURACION

Vencidos y vencedores escucharon a Bonilla con atención. El coronel Manuel Contreras, en la Escuela de Ingenieros en Tejas Verdes, prefirió el silencio. Ya tenía repletas las dos cárceles -una para hombres y otra para mujeres- que había preparado con antelación, de la misma forma que dos de sus hombres de mayor confianza ya se habían hecho cargo de la actividad pesquera del puerto, controlando la principal empresa del Estado en la zona. En un cajón de su escritorio tenía el plan de inteligencia que esperaba su día. Y éste había llegado.

Pinochet también escuchó y siguió con atención el desplazamiento y las palabras de Bonilla. Al día siguiente reunió al Cuerpo de Generales del Ejército. Era un tiempo de reuniones diarias e imprescindibles. Cada general comunicaba las acciones y situaciones derivadas del Golpe de Estado y se invitaba a los generales de provincia para que dieran cuenta de su región. También se intercambiaban opiniones acerca de las principales materias de gobierno y, entre ellas, el plazo que deberían darse los militares para «normalizar» el país y entregarle el poder a los civiles.

Los plazos fluctuaban entre tres y seis años.

Unos pensaban que bastaba con completar el período de Allende, es decir tres años, mientras otros veían que la tarea requería de más tiempo, en un máximo de seis años. Otro punto de discusión fue si el mando de la Junta debía ser rotativo. La mayoría se pronunció en contra. Les complacía que fuera el comandante en jefe del Ejército el que asumiera la supremacía. Y para asegurarla, Pinochet había logrado imponer en la Junta un orden de prelación, en base a la antigüedad de las instituciones: Ejército, Armada, Fuerza Aérea y Carabineros. Pero el mando era colegiado y eso sí no estaba aún en discusión.

O al menos se creía.

Pero ese lunes 17 de septiembre, Pinochet abrió la reunión con sorpresivas novedades: «Señores, aquí no va a haber un mando colegiado». Y no hablaba de la Junta, sino del Ejército. Si bien el intercambio de opiniones no se detuvo, algo sutil pero muy profundo, había cambiado. Para hombres acostumbrados al mando jerarquizado, cada orden, cada palabra tenía su significado. Tutearse, hablarse de igual a igual y tener demostraciones que revelaban una relación más allá de los cuarteles, podía debilitar el mando. Lo mismo si el control de la situación no estaba en manos de quien tenía las presillas de jefe.

Eso fue lo que ocurrió, dos días después, cuando el empresario Juan Kassis decidió hacer un gran cóctel en su casa en Pajaritos, en honor a los hombres de la conjura, a los que había prestado tanta colaboración y que ahora ya tenían el control del poder.

Los generales y almirantes de las cuatro instituciones fueron invitados, a los que se sumó un grupo escogido de empresarios. Todos llegaron a la cita puntualmente. La casa estaba llena de flores y exquisiteces, lo que ayudó a crear un ambiente de relajo entre los uniformados que no habían tenido ocasión de celebrar el triunfo del Golpe. El clima se hizo propicio para que los «dueños» de la conspiración se buscaran y se entregaran al recuento de los episodios que cada uno de ellos había protagonizado en sus contactos secretos preparatorios. En el centro del grupo estaban el almirante Merino y el general Leigh. Ambos dominaban la

situación. Con su rostro inescrutable, el almirante Carvajal asentía y aportaba un dato o un nombre a los dichos de Merino. También estaban Yovane y Arellano. El general Nuño también participaba, así como el general Nicanor Díaz Estrada. La conversación estaba salpicada de sorpresas, pues de cada episodio surgía alguna novedad que los otros desconocían. Sin embargo, había un secreto que todos compartían: su pertenencia al núcleo original de la conjura. Las confidencias los envolvieron, al punto de no percatarse que un hombre observaba la escena y seguía, con mirada torva, el curso de los relatos.

Era Pinochet.

De improviso, se acercó a Arellano y le dijo con tono socarrón: «¡Así que con esas teníamos!». Yovane, en el calor de la velada, le replicó con su acostumbrado tono familiar: «Pero general, si estas cosas no se improvisan, esto hay que conversarlo, coordinarlo, prepararlo...»

La relación de Pinochet con Arellano no volvería a ser nunca más la misma. A pesar de que era uno de los pocos generales que lo tuteaba, de que eran de la misma arma (Infantería) y que eran amigos desde el año 41, una frontera infranqueable se había instalado entre los dos.

Con Leigh, la relación de Pinochet sería desde un principio tensa y distante. A Pinochet le disgustaba la soltura de Leigh para asumir el mando político. Y, más aún, le molestaba la adhesión que los subordinados le dispensaban, al punto de que ninguno lo tuteaba. Pero cuando Leigh propuso formar una comisión para estudiar las reformas a la Constitución del '25, no discutió. Y Pinochet saludó a los cuatro recién llegados: Jaime Guzmán, Enrique Ortúzar, Jorge Ovalle y Sergio Diez.

Pocos días después, Manuel Contreras desembarcó en la Academia de Guerra. Lo esperaba su viejo amigo, compadre y compañero de curso en la Escuela Militar, Sergio Arredondo y otro de sus amigos y compañero de armas más cercano: Oscar Coddou Vivanco. Contreras llegó a una casa que le era familiar. Hacía sólo dos años que había abandonado esos territorios. Entre 1969 y 1971 había sido su Secretario de Estudios. Allí también había hecho su curso

de oficial de Estado Mayor (1962-1964), obteniendo el primer lugar de su promoción, logrando superar a Dante Iturriaga y Rigoberto Rubio, segundo y tercer lugar respectivamente. La distinción le fue entregada por Pinochet, entonces director de ese centro de formación militar y con quien Contreras había entablado una estrecha relación. Al pisar nuevamente sus aulas y recorrer sus pasillos, Contreras recordó que, allí mismo, había desarrollado su primer plan de inteligencia para la seguridad nacional, el que había sido rechazado y obstaculizado por el empecinado general Pickering[141]. El mismo general, que sólo meses antes, y cuando aún era comandante de Institutos Militares, lo había defendido con vehemencia cuando el gobierno de Allende pidió que fuera enviado a retiro, después de que ordenara censurar una radio de San Antonio y allanar locales sindicales y políticos. Fue Pickering el que impidió que Contreras saliera a retiro. En esa ocasión, afirmó que, si Contreras se iba, él también debía seguir el mismo camino, ya que, como su superior, se hacía responsable de las decisiones adoptadas por el director de la Escuela de Ingenieros de Tejas Verdes. Pero ahora todo era diferente. Pickering era sólo un mal recuerdo para Contreras. Su atención estaba puesta en la audiencia que le había pedido a Pinochet para exponerle su plan de inteligencia. Era exactamente lo que el país necesitaba, ahora que, por fin, se iniciaba la lucha antisubversiva para la que él se había preparado con rigurosidad y método.

De la reunión con Pinochet, Contreras salió convertido en un nuevo hombre. A partir de ese momento, transitaría entre sus dos bases de operaciones: Tejas Verdes y la Academia de Guerra, su primer cuartel en Santiago.

Mientras Contreras preparaba los detalles de la exposición, que en los próximos días debería hacer ante los representantes del nuevo poder militar, el general Bonilla trabajaba en una directiva para concretar los criterios anunciados

[141] El general Guillermo Pickering, desde el día del Golpe de Estado, fue sometido a la marginación total de las filas del Ejército. Ni su nombre ni su obra figuran en ninguna de las academias a las que dedicó su vida. Falleció el 21 de octubre de 1987. Su única compañía fue su compañero de la misma ruta: el general Mario Sepúlveda, quien lo sobrevivió y falleció, después que la democracia había sido instalada, el 27 de noviembre de 1995. Ninguno de los dos ha recibido nunca un homenaje de la civilidad.

en su alocución del 16 de septiembre: unificar la acción de la justicia y la información sobre los detenidos, neutralizando, así, y de manera rápida, los focos de descontento y desconfianza de grandes sectores de la población. Su interlocutor formal era la Junta, pero en la práctica lo sería Pinochet, su superior. Fue entonces que Pinochet convocó a Arellano, aún jefe de la Agrupación-Centro que había actuado para el Golpe, y le ordenó una nueva misión.

Sergio Arellano:

-El general Pinochet me informó que en la parte jurisdiccional existía un caos absoluto y se había decidido modificar el artículo 57 del Código Militar, el que determinó que la facultad del juez quedara delegada en los comandantes de unidades o jefes de división. La información de que se disponía indicaba que en el país había desorden en los procesos, en su desarrollo y dilación y diferencias en las condenas. Había que regularizar esa función, impartir criterios para uniformar procedimientos de los Consejos de Guerra. Existía una gran preocupación en no debilitar el apoyo civil por desaciertos y excesos de gente inexperta o simplemente exacerbada por el nuevo poder que se le había conferido. Había, además, necesidad de recabar información en terreno de lo ocurrido después del 11. Y, también, existía gran preocupación, porque en algunas zonas se estaba actuando con extrema debilidad. Pinochet me ordenó recorrer todas las unidades del país...

Arellano partió al sur. Arredondo, su jefe de Estado Mayor, no formó parte de su comitiva. Ya estaba nuevamente instalado en la Academia de Guerra. Su lugar lo tomó el teniente coronel Carlos López Tapia, de la dotación del comando de tropas de Peñalolén. Cuando, el 2 de octubre, se oficializó la modificación al Código de Justicia Militar, el hombre fuerte de Talca, el coronel Efraín Jaña, ya había sido destituido de su cargo por Arellano, el que le ordenó presentarse en Santiago ante el jefe del Estado Mayor del Ejército. Lo mismo hizo con el jefe zonal de Carabineros, el general Enrique Gallardo, a quien despojó de su cargo, previa consulta con los generales César Mendoza y Arturo Yovane. Y siguió su viaje.

La encrucijada que vivió en esos días el coronel Jaña también envolvía a otros oficiales y de manera más dramática. Ese 2 de octubre, un rumor corrió como un murmullo aguijoneante por los altos mandos del Ejército. El coronel Renato Cantuarias Grandón, el que hasta hacía muy pocos días había sido director de la Escuela de Alta Montaña (situada en Los Andes), el mismo que había escogido Pinochet para proteger a su familia y dejarla fuera de la línea de fuego el día 11 de septiembre, el hombre conocido por sus ideas proclives a la izquierda, se había suicidado.

El coronel José Domingo Ramos se enteró de la noticia cuando se preparaba su funeral:

-Me enteré que el general César Benavides, comandante de Institutos Militares y ante quien yo renuncié como su jefe de Estado Mayor, el mismo día 11, lo mandó llamar poco después del Golpe de Estado. Unos dijeron que lo llamaba para que asumiera como mi reemplazante. Pero Cantuarias había tenido algunos problemas... Se podría decir que se había definido como partidario de la Unidad Popular, que algunos oficiales de sus subalternos hicieron informes, que hubo un sumario y que finalmente no tuvo el respaldo de quienes habían sido sus amigos... Un episodio dramático y confuso...

Tan confuso fue que nunca más se habló de su suicidio y de todo lo que rodeó el traslado a Santiago del coronel. Como si Cantuarias hubiera sido otro de los desaparecidos que yacían en algunas fosas comunes, pero cuya existencia no se reconocería sino muchos años más tarde. «Desaparecido»: una palabra que nadie quería pronunciar en el Chile de comienzos de octubre de 1973. Ni vencidos ni vencedores.

Tampoco la mencionaba aún el pequeño grupo nucleado alrededor del Cardenal Raúl Silva Henríquez. El prelado reunió a todas las congregaciones religiosas (católica, evangélicas, ortodoxa y judía) y el 6 de octubre formó el Comité Por la Paz, iniciando así la defensa de los perseguidos. De inmediato, abogados de todos los credos religiosos -o sin ninguno- se integraron a la tarea de buscar presos, encontrar refugio para los que escapaban, asumir la defensa de

prisioneros en los Consejos de Guerra, presentar habeas corpus y denunciar torturas y asesinatos. A todo ello, los jueces respondían automáticamente con un escueto «no ha lugar». Una respuesta a tono, por muchos años, con la «íntima complacencia» que había proclamado el primer día después del Golpe, el presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano.

Los pasos del Cardenal eran vigilados y el nacimiento del Comité Por la Paz no fue una buena noticia para los nuevos dueños del poder. El informe del equipo CIA en Santiago, enviado el 18 de octubre, así lo constata:

> El allanamiento de la casa del Cardenal Silva Henríquez fue realizado por tropas de la Fuerza Aérea, alrededor del 6 de octubre, cuando el Cardenal estaba ausente. El allanamiento causó una fuerte reacción negativa en la Universidad Católica, de la cual el jefe titular, el almirante (R) Jorge Swett, delegado militar en la Universidad, se quejó formalmente a la Junta y pidió una investigación para determinar quién era el responsable.

Pero el suicidio de Cantuarias y la suerte de los miles de prisioneros que atiborraban cárceles y estadios, no eran las preocupaciones fundamentales de los integrantes de la Junta Militar en los primeros diez días de octubre. La economía estaba en el foco de atención. Y no había un solo criterio. Pronto el conflicto estalló. La permanencia del general Rolando González en el Ministerio de Economía fue muy efímera. Duró menos de un mes. Merino diría más tarde: «Estábamos hasta la coronilla con el general González. ¡No entendía nada!»[142]. La noche del 10 de octubre de 1973, Merino llegó feliz a su tradicional reunión de la «Cofradía Náutica», que le correspondió ofrecer a Hernán Cubillos en su casa. Apenas entró, les comentó a sus amigos que acababa de nombrar a Fernando Léniz nuevo ministro de Economía[143].

[142] En entrevista con la Universidad Finis Terrae del 23 de junio de 1992.

[143] De *Los economistas y Pinochet*, de Arturo Fontaine Aldunate.

No sólo González sería efímero. También lo fue el ministro de Educación, José Navarro. Ambos recibieron el sobre azul, pero no quedaron cesantes. El primero fue nombrado embajador en el Paraguay de Alfredo Stroessner y el segundo en Costa Rica. Y el sillón principal del Ministerio de Educación fue ocupado por otro de los antiguos conjurados: el contralmirante Hugo Castro.

Pinochet entendió en toda su magnitud la precariedad de su posición. La conjura era de larga data y había creado lazos profundos e indelebles entre los hombres de las distintas instituciones, incluyendo la suya.

Él era un recién llegado.

Y por si fuera poco, en el sector clave del control del país, la economía, la Armada ya tenía un plan confeccionado y un compacto y selecto grupo de asesores que además planteaban romper con las políticas estatistas imperantes en el país y en el Ejército. La situación le resultaba en extremo incierta.

Para Merino las cosas tampoco eran fáciles. La alegría por haber logrado desbancar a González duró poco. El problema principal era la falta de acuerdo entre los cuatro integrantes de la Junta Militar en los principios económicos a aplicar. Merino, diría más tarde: «La intención inicial fue devolver todas las empresas que tenían dueño, pero enseguida, tanto Pinochet como Leigh, manifestaron su deseo de mantener una economía controlada por el Estado. Por eso, la primera vez que se habló de economía social de mercado yo usé mucho la palabra 'controlada', que significaba que el Estado podía, en ciertas cosas, meter su mano. Por eso, al principio fue muy difícil que entrara el plan 'Ladrillo'. ¿Y qué es el 'Ladrillo'?, preguntaban».

Hernán Cubillos, integrante de la «Cofradía Náutica» y ex oficial de la Armada, quien fue después ministro de Relaciones Exteriores del régimen militar, afirmaría:

«Al comienzo, Merino asumió el esquema económico y se lo dejó a la gente de Odeplán (*donde asumió Kelly*). Los asesores de Pinochet le empezaron a decir que se le estaba yendo de las manos y los militares comenzaron a meterse en la parte económica. Ahí hubo conflictos serios entre

gente que era nombrada por Merino y gente de Pinochet»[144].

Contreras le aportaría a Pinochet el instrumento preciso para reforzar su mando. Fue en esos días cuando llegó con su grueso legajo, al Edificio de la ex Unctad. A la reunión asistieron los cuatro integrantes de la Junta Militar y los jefes de Inteligencia de todas las ramas de las Fuerzas Armadas y el Estado Mayor de la Defensa Nacional. Todos sabían el motivo de la reunión: la necesaria reorganización y coordinación de la tarea de inteligencia para eliminar el peligro de los grupos «subversivos». Sólo poco antes de la cita, Pinochet informó que sería el teniente coronel Contreras el encargado de exponer y explicar el proyecto que planteaba la creación y organización de una Dirección Nacional de Inteligencia.

Contreras partió diciendo que, en términos militares, inteligencia es el conocimiento del «enemigo» y afirmó que se debía asumir que, en esos momentos, se estaba en un estado de «guerra interna», en la que el enemigo principal era el «subversivo». Después de hacer una larga explicación del peligro inminente que se cernía sobre el país al no estar ni desarticulado ni neutralizado, y menos destruido, ese «enemigo subversivo», delineó la organización que debía tener el nuevo organismo que tendría que abocarse a esa tarea. Dijo, también, que ello implicaba el desarrollo inédito de los servicios de contrainteligencia y reseñó la centralización de medios materiales y humanos que la tarea prioritaria imponía.

La principal objeción que recibió la propuesta de Contreras fue, que siendo un organismo básicamente de contrainteligencia, su creación y coordinación conllevaría necesariamente el debilitamiento de la acción que, hasta ese momento, realizaban los servicios de inteligencia de cada rama de las FF.AA. La otra objeción se fundamentó en el flanco que se abría frente al resguardo de inteligencia ante el enemigo tradicional: el extranjero. El tercer reparo fue estrictamente militar: el nuevo organismo quedaría a cargo

[144] Entrevista en *Qué Pasa*, del 1 de septiembre de 1996.

de un teniente coronel -Contreras- el que debería coordinar y mandar oficiales de rango superior de otras instituciones. Eso hacía prácticamente inviable su eficiencia. La cuarta impugnación, la más poderosa, no fue nunca planteada en esa mesa, pero sí fue motivo de arduas discusiones en los altos mandos de las otras instituciones: el proyecto de Contreras dejaba a Pinochet a las puertas de un poder que, eventualmente, podría romper los equilibrios del mando colegiado que habían decidido aplicar.

La discusión se prolongó y se hizo cada vez más tensa. Finalmente, los cuatro integrantes de la Junta decidieron que Contreras debía empezar a trabajar de inmediato en el proyecto y que su estructura y posición en el organigrama se vería en su momento. Contreras había conquistado su primer bastión. Cuando llegó a la Academia de Guerra se abocó de inmediato a la primera tarea: seleccionar a los hombres indicados para conformar el alto mando del organismo, cuyo entrenamiento llevaría a cabo en las instalaciones, ya preparadas para esos efectos, en Tejas Verdes. En pocos días tomaría forma una nueva organización secreta que - tal cual lo había alertado Pickering- iba a someter a todo el resto de las estructuras militares bajo su mando. Un pequeño dato se agregaba: ahora no sólo pondría bajo control a las estructuras militares, también caerían en su radio de acción las del Estado.

Arellano regresó del sur y debió partir al norte, en la misma misión encomendada por Pinochet. Antes de iniciar el viaje, Pinochet lo llamó para ordenarle que no olvidara pasar por la oficina salitrera de Chacabuco. Allí se había instalado un campo de concentración con alrededor de 200 dirigentes de la Unidad Popular[145]. Arellano afirma que se enteró, en ese momento, que Arredondo, su jefe de Estado Mayor desde el 11 de septiembre con la formación de la Agrupación Santiago-Centro, y en ese momento director de oficio de la Academia de Guerra, lo acompañaría en su viaje al norte y haría los últimos preparativos. Entre los doce integrantes de la comitiva estaban, Marcelo Moren Brito y

[145] Estuvo funcionando hasta 1975 y llegó a tener más de mil prisioneros.

Armando Fernández Larios, ambos provenientes de dotaciones de La Serena y San Bernardo. Y al igual que en su viaje al sur, Pedro Espinoza iría con una misión encargada por el Director de Inteligencia, general Augusto Lutz.

El helicóptero emprendió el vuelo. En sus escalas en Copiapó, La Serena, Calama y Antofagasta, los hechos que se desencadenaron dieron como resultado decenas de ejecutados. Algunos fueron enterrados en el desierto. Hechos que durante un cuarto de siglo siguieron haciendo historia, al constituirse en la pieza acusatoria de uno de los procesos más relevantes de los últimos veinticinco años en Chile: el juicio por el desafuero de Pinochet. Las ejecuciones sumarias y entierros clandestinos ocurridos en esas cuatro ciudades fueron hechos desconocidos y silenciados durante largo tiempo. Mucho después, cuando algunos detalles fueron conocidos, la misión fue bautizada como la «Caravana de la Muerte». Veintisiete años más tarde, la búsqueda de los cuerpos de las víctimas y de las responsabilidades penales de sus victimarios continúa.

El general Arellano, antes de proseguir su gira al norte decidió regresar a Antofagasta. Allí habló con el general Joaquín Lagos, comandante de la zona. Entre los dos hombres existía una gran enemistad, al punto que la mínima comunicación les era difícil. Las ejecuciones de Calama y Antofagasta entraron en esa línea de conflictos. Arellano dice que le pidió un sumario por lo ocurrido. Lo que nadie niega es que esos dos generales hablaron, ese día, de las ejecuciones en Antofagasta y Calama y, también, que el coronel Arredondo había hecho un informe en el que asumió la responsabilidad por lo sucedido en esa última ciudad. Después, Arellano retornó a Santiago y le informó a Pinochet en detalle, lo ocurrido. Lo mismo hizo el propio Joaquín Lagos[146].

Los tres hombres sabían que se trataba de ejecuciones que violaban la propia legalidad de la guerra, ya que los

[146] El general Joaquín Lagos fue enviado a retiro por Pinochet en 1974. Desde el inicio del juicio por las ejecuciones de Calama y Antofagasta, en octubre de 1973, ha reclamado su completa inocencia, entregando al juez importantes documentos que prueban la adulteración de los oficios que se hizo en la época.

prisioneros ejecutados estaban ya condenados a penas menores por Consejos de Guerra. Pero no hubo investigación ni sanción. Así como muchos de los cuerpos quedaron enterrados en algún lugar secreto, los hechos también fueron sepultados en una fosa de silencio, que afectaba por igual a medios de comunicación, jueces y al aparato del poder. El silencio o la falta de reacción no era sólo un producto del temor o la complacencia. En Santiago, otras ejecuciones y detenciones masivas creaban nuevos y más graves problemas con la Iglesia Católica y organismos internacionales. Y esta vez, la Iglesia Católica levantó la voz y exigió respuestas.

La DINA había irrumpido en Santiago de manera tan brutal como secreta. Las técnicas del terror que comenzaron a ser practicadas ya habían sido aplicadas en San Antonio, en donde el puño de hierro de Manuel Contreras se hacía sentir. Ese puño metálico, cerrado sería precisamente el símbolo que «Mamo», como le decían sus amigos a Contreras, escogería para su nuevo organismo, cuyos primeros altos mandos ya estaban reclutados. Algunos de ellos serían Raúl Iturriaga Neumann, Gustavo Abarzúa[147] y Rolf Wenderoth[148], todos ellos alumnos de la Academia de Guerra. Como asesores, trabajarían los profesores Sergio Arredondo, Oscar Coddou, Walter Doerner[149]. Y como operativos, ya formaban parte del nuevo organismo los hombres reclutados por Arredondo y que acababan de

[147] Gustavo Abarzúa, artillero, fue secretario de estudios de la DIBA. Después pasó al DINE, fue Agregado Militar en Uruguay y volvió al DINE, donde estaba en 1984 como coronel. Llegó al generalato en 1987 y fue nombrado jefe del DINE. En marzo de 1988, hizo declaraciones en las que amenazó con un nuevo 11 de septiembre. En 1989 tenía también la dirección de la CNI. En marzo del '90, en la reestructuración por el traspaso del poder, continuó como director del DINE, pero en octubre pasó a retiro. Se lo relacionó con el escándalo de «La Cutufa».

[148] Rolf Wenderoth, ingeniero, formó parte del alto mando de la DINA y fue subdirector de Inteligencia Interior. En 1975 fue jefe de Villa Grimaldi. Fue destinado después a la CNI. En 1986 participó de la creación de una unidad especial antisubversiva. En 1987 fue Agregado Militar en República Federal Alemana y a su regreso, en 1989, se fue a retiro. Ha sido sometido a proceso en varias oportunidades por su participación en la detención y desaparición de personas e invariablemente ha pedido se aplique la Ley de Amnistía.

[149] En 1976, siendo coronel, fue destinado al Instituto Interamericano de Defensa. Era considerado por el FBI como el «jefe de la DINA» en Estados Unidos. Es el año del asesinato de Orlando Letelier en Washington.

acompañar al general Arellano a su primer encuentro con la muerte: Marcelo Moren Brito[150] y Armando Fernández Larios. A ellos se había agregado un contingente de aproximadamente quince oficiales, también reclutados por Arredondo en Calama: eran los fusileros que actuaron en las ejecuciones de octubre en dicha ciudad.

Gran poder demostró tener en esos días el teniente coronel Sergio Arredondo. Su influencia no provenía sólo de su reciente designación de oficio como director de la Academia de Guerra, desde donde operaba la DINA. Se sentía uno de los «dueños» del Golpe y su participación en la cofradía de Lo Curro, desde la primera reunión, así lo acredita. Un informe que despacharon el coronel Eldon L. Cummings y el capitán J.R. Schweitzer para la CIA, dice: «Fue uno de los planificadores clave del Ejército durante la preparación del Golpe de 1973. Le gusta Estados Unidos y es uno de los anticomunistas y antimarxistas duros. Está preocupado por una tendencia muy liberal de Estados Unidos, que podría conducir a su caída. Aficiones: scotch y piscosour. Con él puede hacerse cualquier amistad hablando de caballos. Calza normalmente botas de caballería. Calvicie pronunciada».

Pero en otras ciudades del país, el horror también se instalaba derribando a su paso vidas y raíces. Las bombas de La Moneda eran de racimo. Tan sólo una historia para ilustrar. Es la que vivió, el 25 de octubre, un niño de 12 años en Temuco. Ese niño se llamaba Jecar Neghme y moriría acribillado muchos años después en la calle Bulnes, en Santiago:

-Mi padre era profesor normalista y dirigente socialista. Íbamos a todas partes juntos. De niño viví con él la magia del allendismo, los actos, los rayados murales, las marchas... Me hizo conocer a los campesinos y los mapuches. El Golpe

[150] Marcelo Moren, en 1973, era mayor de la dotación del Regimiento Arica de La Serena y se incorporó, en septiembre, a la DINA, a la que perteneció hasta 1977. Fue el segundo jefe de Villa Grimaldi y jefe de Brigada «Caupolicán» de la DINA. En 1976 cumplió misión en Brasil. Desde 1977 y hasta 1981, siendo coronel, fue asignado a la comandancia en jefe del Ejército. Del '81 al '84 estuvo en la Guarnición de Arica y del '84 al '85 en el Estado Mayor General del Ejército. Se fue a retiro en 1985. Ha sido sometido a proceso en múltiples oportunidades por su responsabilidad en la detención y desaparición de personas.

también lo vivimos juntos. Por las radios y los diarios aparecieron listas con los nombres de los hombres más buscados. Mi padre apareció entre ellos y quedó con arresto domiciliario. No quiso escapar. Sabía que lo podían matar. Y me preparó. Nunca olvidaré esa tarde que me llevó a un bosquecito, atrás de la casa, y me habló. Dijo que no arrancaría, que seguramente lo matarían, que yo iba a conocer el fascismo, que sería peor que en la España de Franco y que había que seguir adelante... El 25 de octubre, tropas del Ejército hicieron una razzia y se llevaron a varias personas. Entre ellas, a mi padre. Fue en la madrugada, estábamos acostados. Se lo llevaron en un camión lleno de militares armados. Mi abuela me sujetó mientras se lo llevaban... No pudimos hacer nada... Al día siguiente, de madrugada, mi madre salió a buscar a mi viejo al regimiento. En su ausencia llegó una vecina y, como mi abuela estaba deshecha, ella me comunicó que mi padre estaba muerto. Esa tarde partí a la escuela... Debía decirles a mis compañeros y profesores que la versión que estaban dando por las radios, que mi padre había muerto en un enfrentamiento, ¡era falsa! Tenía que decirles que yo mismo había visto cómo lo sacaron de su cama y se lo llevaron... Y terminé rindiéndole un homenaje a Pablo Neruda. ¡Lo entregaron muerto...! Luego, los rumores: que ahora era el turno de mi madre... Agarramos el ataúd, lo metimos en un cacharro, recogimos todas las cosas que pudimos y nos vinimos a Santiago con el cuerpo de mi padre. Acá lo enterramos... A media voz, casi para mí solo, le canté la Marsellesa socialista... Yo llevo su mismo nombre...[151]

La historia no se detuvo con la masacre de Calama un día 16 de octubre, ni con las de Temuco y tampoco con las de Paine, Mulchén, Los Angeles, Laja, Lonquén y tantas otras. Era sólo el principio. En Santiago, Manuel Contreras había encontrado la fórmula de sortear los obstáculos para oficializar la DINA.

[151] Jecar Neghme fue un destacado dirigente del MIR de los años 80, que impulsó la lucha por la recuperación de la democracia rechazando la vía armada. Fue asesinado en la calle Bulnes en 1989, poco después que me concediera la entrevista de donde se extrajo este episodio. En ella dijo: «No he conocido el odio porque creo que he aprendido a conocer la naturaleza de las cosas». Sus asesinos no han sido individualizados.

Manuel Contreras:

«El 12 de noviembre de 1973 fui llamado por la Junta de Gobierno al Edificio Diego Portales, siendo yo, a la sazón, teniente coronel de la Escuela de Ingenieros Militares de Tejas Verdes. Se me informó que el llamado tenía por objeto encomendarme la misión de organizar un servicio que se había acordado denominar Dirección de Inteligencia Nacional. Fue así como comencé la organización de dicho servicio y conjuntamente se me designó, también, como Director de la Academia de Guerra del Ejército, ambos destinos aquí en Santiago»[152].

Contreras, a los 44 años, se había convertido en el primer jefe de la DINA y nuevo director de la Academia de Guerra. Este último cargo, el que gentilmente le cedió el coronel Sergio Arredondo, se oficializó en enero y lo mantuvo hasta octubre del año 74. Fue ese nombramiento el que le permitió acceder al mando de la DINA. Junto con su nueva destinación, Contreras recibió de manos de Pinochet sus presillas de coronel. No fue la única distinción. En el mismo acto, Pinochet le entregó la Medalla de Oro Minerva y la Cruz de Malta, según informó el jefe de la estación de la CIA en Santiago. El coronel condecorado y director de la escuela formadora de los futuros generales del Ejército, ya tenía autoridad y rango para mandar y coordinar a los otros jefes de inteligencia[153].

En una entrevista, publicada en esos precisos días de noviembre, Pinochet definió los propósitos del movimiento que encabezaba: «cívico-militar depurador».

Contreras sería el puño blindado de la depuración.

[152] Declaración judicial en el curso del proceso por el asesinato de Orlando Letelier, en Washington, en 1976.

[153] En el Decreto Ley Nº 117, dictado en los últimos días de octubre y que creó la Secretaría Ejecutiva Nacional de Detenidos (SENDET), uno de sus artículos registró el nacimiento de la «Comisión DINA», la que tuvo por funciones «fijar normas para interrogatorios, clasificar presos y coordinar funciones de inteligencia».

CAPITULO XXX
PINOCHET, DIOS Y LA DINA

A principios de noviembre de 1973, el teniente coronel Manuel Contreras se convirtió oficialmente en el jefe del nuevo servicio secreto de inteligencia del régimen militar. Si formalmente respondía a los cuatro comandantes, la subordinación real era de Pinochet. Aunque hasta ese momento nadie conocía sus planes, en su mente ya estaba diseñada una central de inteligencia con poder absoluto; ya pensaba en expandir su poder más allá de las fronteras y también tenía en la mira el nuevo poder económico emergente. En el organigrama de la DINA, que afinaba en esos días, había dos departamentos tan secretos como potentes: el «Económico» y el «Exterior». En el primero, jugaría un rol clave el ex oficial de la Armada Humberto Olavarría y en los dos, el mayor Raúl Eduardo Iturriaga Neumann[154].

[154] Raúl Eduardo Iturriaga Neumann, comando y paracaidista del Ejército, con cursos en Panamá, en la «Escuela de Las Américas» de Estados Unidos, fue jefe del Departamento Económico y Exterior de la DINA. Usaba las identidades de «Don Elías» y «Luis Gutiérrez». Tuvo bajo su control los principales nexos con una red de terroristas extranjeros y los hilos de la «Operación Cóndor». Fue jefe directo de Michael Townley. Fue, también, jefe de la Brigada «Mulchén» de la DINA. En 1980 fue designado comandante de la Guarnición de Putre. En 1983, Agregado Militar en Francia y luego comandante en jefe de la VI División del Ejército. En 1989 ascendió a mayor general y en 1990, asumió el cargo de Director de Movilización. Se fue a retiro ese mismo año. Fue condenado en Italia por el atentado terrorista en contra de Bernardo Leighton, en 1975, y está procesado en Argentina por su participación en el asesinato del general Carlos Prats.

En esos mismos días de noviembre, otro oficial ingresó al nuevo y reducido grupo de los «elegidos» de Pinochet. El coronel Julio Canessa, el hombre que había ordenado la quema pública de libros y revistas frente a las Torres del San Borja, fue escogido para encabezar un nuevo organismo asesor de las tareas de gobierno que debía funcionar como un Estado Mayor. Algo así como el Estado Mayor de la Defensa Nacional, bajo el mando de Carvajal y Díaz Estrada. Al nuevo Comité Asesor de la Junta (COAJ), llegó como subjefe el coronel Horacio Toro y los mayores Roberto Soto Mackenney, Luis Danús, Gastón Frez y Bruno Siebert[155], entre otros. Primero funcionaron en la Escuela de Suboficiales, la que aún dirigía Canessa, y después, cuando el COAJ estuvo oficializado, se trasladaron al edificio Diego Portales, donde ya estaba instalada la Junta Militar. Su primer trabajo fue desmontar la relojería de la presidencia rotativa de la Junta.

En su trinchera, Contreras organizaba los cuadros de acción, identificando a los «enemigos subversivos» y también a sus potenciales «enemigos internos». En la última lista, rápidamente, se inscribió un nombre: el general Sergio Nuño, vicepresidente de la CORFO y articulador del Golpe en el Ejército. Un informe de la CIA da cuenta del episodio que lo puso en la mira del jefe de la nueva DINA:

> A fines de octubre, el general Nuño, de la CORFO, se identificó con la línea suave, en relación con algunas medidas duras que aplicó el gobierno militar contra supuestos subversivos. Nuño ubicó al general Bonilla en la misma categoría e identificó a Pinochet y a Leigh como duros. Nuño dijo que no se opondría a la ejecución de personas como Carlos Altamirano, pero que se opondría a instancias en que los trabajadores y/o dirigentes sindicales fueran acusados y ejecutados sumariamente sin juicio justo. Como ejemplo de estos excesos, citó el caso de 11 trabajadores y un dirigente sindical en una fábrica de explosivos en Antofagasta, y de la que Nuño era director, que fueron ejecutados

[155] Bruno Siebert fue ministro de Obras Públicas, entre 1982 y 1989, y en democracia, ya en retiro, ingresó a Renovación Nacional y es senador.

porque se les encontró un plano de la fábrica con algunos explosivos y documentos que los vinculaban con grupos extremistas. Nuño dijo que había llevado el caso a la última reunión del Consejo de Ministros, como ejemplo de represión innecesaria y distanciamiento de la clase obrera. Si bien fue apoyado por Bonilla, los generales Pinochet y Leigh se expresaron enérgicamente a favor de tan dura acción.

Nuño fue identificado, a partir de ese momento, como una pieza a neutralizar en el tablero de juego. En Santiago, mientras, los tambores de la guerra interna no lograban asfixiar el ruido que provenía desde la frontera norte. Los informes hablaban de una inminente arremetida bélica de Perú. A los pocos días de haber regresado del norte, Arellano fue convocado por Pinochet y le ordenó una nueva misión.

Arellano:

-Pinochet disolvió la Agrupación Santiago-Centro (constituida para ejecutar la operación del 11 de septiembre) y me ordenó una nueva misión: ir a Perú y Bolivia a fin de llevarle un mensaje personal a los Presidentes Juan Velasco Alvarado y Hugo Bánzer, que los orientara acerca de la caótica situación que había vivido nuestro país y de la decisión que habíamos tomado las Fuerzas Armadas el 11 de septiembre. El Presidente Alvarado me manifestó que su posición era de no intervención en la política y situación interna de Chile o de cualquier otro país. Al parecer, esa fue una especie de explicación por la psicosis de guerra contra Chile que se había vivido en Perú, la que llegó a su punto culminante el 12 de septiembre de 1973, fecha en que los generales izquierdistas del Ejército peruano estimaban propicio para atacar a Chile, aprovechando su momentánea vulnerabilidad. Prevaleció la opinión de los generales moderados y fundamentalmente de la Armada. Estuvo presente, durante toda la entrevista, el Primer Ministro y comandante en jefe del Ejército, general Edgardo Mercado, el que expresó su deseo de efectuar una reunión de los jefes de Inteligencia de ambos países. Tuve múltiples reuniones con el alto mando de las Fuerzas Armadas de Perú. El 15 de

noviembre viajé a La Paz. Era la primera vez que un general chileno llegaba a Bolivia en misión «no oficial», desde la ruptura de relaciones en 1962. Constaté que la Fuerza Aérea era la más entusiasta con nuestro movimiento. El martes 20 de noviembre se realizó mi entrevista con el Presidente Bánzer en su residencia, en la que éste profundizó sobre la mediterraneidad y las compensaciones que recibiría Chile por la cesión de un corredor. Aquí se echaron las bases para la reunión que tendría más tarde con Pinochet, en Brasilia. Bánzer comprendía que si le cedíamos una franja a Bolivia -de acuerdo a la instrucción que recibí- eso tendría un impacto desfavorable en la opinión pública de Chile, por lo que estimaba que su país debía pensar en adecuadas compensaciones.

Cuando Arellano regresaba de Bolivia, después de haber sido despedido en el aeropuerto de La Paz por el propio Bánzer, decidió no continuar viaje a la Argentina, como se lo había ordenado a última hora Pinochet, poco antes de embarcarse. Su misión, en Buenos Aires, era gestionar una entrevista con el Presidente Domingo Perón. Se vino directo a Santiago para comunicarle de inmediato y personalmente el resultado de su gestión. En su oficina en el Diego Portales, Pinochet no insistió en su viaje a la capital argentina. Le comunicó que debía asumir la jefatura de la Guarnición de Santiago.

Años después, en 1999, surgió un documento desclasificado de la CIA que da cuenta de la versión que una fuente militar entregó acerca de los motivos del viaje de Arellano a Buenos Aires, aunque nada se dice de su anulación a última hora. Así se lee en el despacho enviado el 27 de noviembre de 1973:

1. (...tarjado todo el inicio que revela fuente) general Sergio Arellano, comandante de la II División de Ejército, dejó Santiago en misión especial a requerimiento del liderazgo de la Junta... (resto tarjado)
2. En Buenos Aires, Arellano pedirá a los militares argentinos toda la información que ellos tengan con relación a las actividades del general (R) Carlos Prats, ex comandante en

jefe del Ejército chileno. Arellano también intentará llegar a acuerdo para que los argentinos mantengan control sobre Prats e informen regularmente a los chilenos de sus actividades. En Asunción, Arellano hará un llamado de cortesía al Presidente Alfredo Stroessner en nombre de la Junta. Sin embargo, su verdadera misión será hablar con el general (R) Roberto Viaux, quien está allá exiliado. Arellano informará a Viaux que la Junta ha decidido que, por razones políticas internas, debe continuar cumpliendo la decisión de la Corte Suprema chilena que condenó a Viaux a una sentencia de extrañamiento de cinco años. Arellano también indagará si Viaux tiene problemas financieros y actuará a nombre de la Junta para solucionar cualquier necesidad económica de Viaux durante el período de su condena.

3. Está tarjado entero.[156]

¿Quién era esa fuente que informó de la «misión» de Arellano en Argentina? Es uno de los misterios que investiga la justicia de Estados Unidos y Argentina. De que éste no viajó, existe constancia, pero de lo que también hay pruebas es de la estrecha vigilancia que se ejercía sobre el general Carlos Prats, desde el mismo 17 de septiembre, cuando llegó a Buenos Aires. Uno de los hombres que debió cumplir esa tarea fue el coronel Carlos Ossandón, Agregado Militar de Chile en Argentina. Fue el propio Ossandón el que me lo relató una tarde de 1985:

-Yo recibí al general Prats, desde el momento en que llegó a Buenos Aires, el 17 de septiembre de 1973. Lo esperé en el departamento de calle Malabia 3359, donde se instaló, y esa tarde tuvimos una larga conversación. Desde ese día nuestro contacto fue muy estrecho. Yo debía informar al general Augusto Lutz, Director de Inteligencia del Ejército, sobre cada uno de sus pasos. En mis informes lo llamaba «René Sánchez», por razones de seguridad, y yo tenía además acceso directo a los jefes del SIE (Servicio de Inteligencia del Ejército argentino) encargados de la seguridad del general Prats.

Por uno de esos informes, Pinochet se enteró que el 1 de octubre, Prats había sostenido una larga entrevista privada

[156] Este documento fue desclasificado en septiembre de 1999.

con el Presidente Juan Domingo Perón en su residencia oficial. Y en otro de los informes, Ossandón escribió: «Diría que todo el Alto Mando de las Fuerzas Armadas de Argentina está interesado en conversar con el general Prats». En contrapartida, Perón dilataba una entrevista solicitada por Pinochet.

A fines de año, los informes de Ossandón registraron un cambio importante en el dispositivo de seguridad que rodeaba a Prats, que estaba en manos del SIE, Servicio de Inteligencia del Ejército de Argentina. Abruptamente, una orden la derivó al SIDE (Servicio de Inteligencia del Estado), cuyo símil en Chile era la DINA. En esos momentos, Perón, de 78 años, ya tenía un poder en las sombras: José López Rega, ministro de Bienestar Social y fundador de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA), antecesora del terrorismo estatal de 1976, y quien a través del SIDE armaría una red de siniestra huella con la «Triple A» y miembros del grupo ultranacionalista «Milicia». Simultáneamente, en Chile, también se materializaron otros cambios, que en el tráfago de acontecimientos pasaron casi inadvertidos. El general Lutz[157] fue sacado de la Dirección de Inteligencia del Ejército y, en su lugar, Pinochet nombró en diciembre al coronel Julio Polloni, viejo amigo de Contreras, uno de los integrantes de la cofradía de conjurados de la Academia de Guerra y jefe, durante el 11 de septiembre, de la «Operación Silencio», que acalló las radios afines al gobierno de Allende.

Todo ello cobró otro significado muchos años más tarde, cuando la jueza argentina María Servini de Cubría descubrió que, en ese preciso mes de diciembre, hubo un primer complot para asesinar al general Prats, a través de una operación que la DINA trabajó con sus «vecinos». Los detalles de este atentado frustrado están en poder de la justicia argentina, así como las pruebas de la entrega de 200 mil dólares a los miembros del SIDE que no pudieron cumplir con lo prometido.

Otros cambios importantes se registraron en esos días en la cúpula del Ejército. El general Manuel Torres de la Cruz, el hombre que los conjurados habían visualizado como el

[157] El general Augusto Lutz falleció el 28 de noviembre de 1974, en el Hospital Militar, víctima de una infección generalizada. Su hija ha denunciado que su muerte fue provocada.

que debía encabezar las fuerzas golpistas del Ejército en el supuesto que Pinochet no se plegara, fue llamado a Santiago para asumir la Inspección General de la institución. Torres se convirtió, así, en la tercera antigüedad, pero era sólo la antesala de otra decisión que lo afectaría radicalmente. Debió abandonar la lejana y poderosa Región Militar Austral, donde ejercía el mando indiscutido sobre las otras tres instituciones castrenses. El hombre que lo reemplazó era de la absoluta confianza de Pinochet: César Raúl Benavides, ex comandante de Institutos Militares.

En el área chica, Pinochet demostró esos días tener dominio del juego de piernas. Contreras, su corpulento jefe de inteligencia, no lo hacía mal. Muy pronto advirtió que su principal obstáculo para alcanzar el control total sería el grupo de Inteligencia de la Fuerza Aérea. Pero a eso se abocaría más tarde, cuando los 600 efectivos seleccionados, en noviembre, en todas las unidades militares del país, terminaran el entrenamiento intensivo en Tejas Verdes.

Samuel Fuenzalida se incorporó como recluta al Regimiento de Calama, en marzo de 1973. Para el Golpe le tocó actuar en Chuquicamata y luego lo enviaron al Campo de Prisioneros de Chacabuco:

-A mi compañía le tocó instalar los explosivos en todos los lugares estratégicos de acceso al campamento. El que estaba a cargo era el capitán Carlos Minoletti. Poco después me citaron a la ayudantía de la comandancia del Regimiento. Estaba el capitán Langer y el suboficial Rojo, del Servicio de Inteligencia Militar. El capitán me comunicó que había sido elegido entre los soldados para «pasar unas vacaciones en la playa». Me hizo llenar un papel con mi nombre -el que he conservado (y lo muestra)- y en el que se lee: «Dirección Nacional de Rehabilitación DINAR», con fecha 30 de noviembre de 1973 y que lleva la firma de Roberto Echaurren Figueroa, «Director General del Comité de Preservación de Recursos Humanos Utiles». Otros soldados también fueron llamados. Del Regimiento Calama fuimos transportados en un avión hasta el aeropuerto de Cerrillos, en Santiago, y luego viajamos a Tejas Verdes en un bus y, finalmente, llegamos a unas cabañas en Santo

Domingo. Al día siguiente, luego de la diana y la formación, nos recibió el comandante vestido en tenida de campaña. Después supe que era el coronel Manuel Contreras Sepúlveda, acompañado de un oficial de apellido Neckelmann (y de nombre Guy). Allí nos dijo que habíamos sido escogidos para integrar la Dirección de Inteligencia Nacional... Durante dos meses fuimos entrenados en la que se llamaba «Escuela de Inteligencia de la DINA» por el oficial Krassnoff Martchenko, en «Técnicas de Guerrilla Urbana y Suburbana»; por un oficial Labbé, como preparador físico; y Manuel Manríquez, en un curso de Inteligencia, entre otros. Nos graduamos alrededor de seiscientos. Fuimos destinados. Yo partí a la Brigada de Inteligencia Metropolitana (BIM) de la DINA, en Santiago. Su cuartel general estaba en la Rinconada de Maipú, que corresponde al Fundo de Experimentación de la Universidad de Chile. Y comenzamos a operar...

Arellano asumió el 2 de diciembre, la jefatura de la Guarnición de Santiago y la comandancia de la Segunda División (con jurisdicción desde la provincia de Coquimbo hasta la de O'Higgins). Ese mismo día, comenzó a escuchar la palabra DINA. Su principal interlocutor sería el ministro del Interior, Oscar Bonilla.

Sergio Arellano:

-Como jefe de la Guarnición de Santiago me llegaba la gente a plantear todo tipo de problemas. Llegaban sacerdotes y obispos evangélicos a reclamar por gente detenida que no aparecía o simplemente fallecida, y el nombre de Contreras empezó a surgir y con ello nacieron también mis problemas. Uno de ellos ocurrió a principios de diciembre. Después supimos que allí había instalado Contreras el cuartel central de la DINA. Pero, ese problema era menor frente al cúmulo de peticiones, papeles y reclamos que originaban los detenidos sin autores identificados. El Juzgado Militar era una de las actividades que me demandaba especial atención. En 1974, trabajamos alrededor de cuatro mil procesos, con un equipo de fiscales permanentes, al que se agregó otro extraordinario de treinta fiscales. Debí arrendar, incluso, un edificio para atender los problemas de la justicia militar. Con la Iglesia

Católica teníamos comunicación permanente; el enlace era el Obispo Auxiliar, monseñor Sergio Valech, como él mismo lo ha testimoniado. Y con las Iglesias Evangélicas, eran el Obispo Juan Andrés Vásquez y Samuel Nalegach.

A principios de 1974, el debate sobre la forma y los plazos que debía asumir el mando de la Junta Militar cobró nueva fuerza, a raíz de la discusión de la Declaración de Principios del régimen militar que elaboraba el COAJ y cuyo borrador le fue encomendado a Jaime Guzmán. El calor del verano agudizó más los conflictos, pero el agua corría por vertientes subterráneas. Nada trascendió a la opinión pública. En esos meses, el COAJ fue afianzando su poder y con ello marcando la supremacía del Ejército. Y Contreras ya tenía a los escuadrones de la DINA desplegados por todo el territorio. Un informe, que el jefe de la estación de la CIA despachó el 8 de febrero de 1974, da cuenta de la situación que se estaba configurando:

> La fuente, conversando con R.O. sobre otro tópico, dijo que «eso puede hacerse si se consigue la aprobación de la DINA». Cuando R.O. le preguntó a qué se refería, respondió que en Chile había tres fuentes de poder: «Pinochet, Dios y la DINA». El tema original era la legalidad y la fuente expresó: «Ningún juez en ningún juzgado y ningún ministro de gobierno va a seguir discutiendo el asunto si la DINA dice que ella lo está tratando» ... Si la DINA se ha desarrollado al punto que puede tomar un caso fuera de los conductos legales sin recurrir a las cortes u otras agencias ejecutivas, se ha convertido en un poder que debe ser observado.

Ese proceso tendría un hito importante el 11 de marzo de 1974, cuando la Junta Militar cumplió seis meses y promulgó su Declaración de Principios. Un cambio sutil, pero importante, se manifestó en el discurso cotidiano de Pinochet. Ya no habló más de plazos. La palabra clave sería ahora «metas». Pero el debate no estaba cerrado. Y tampoco estaba resuelto el conjunto de problemas que generaba el mando colegiado. Sería el Ejército el primer campo de batalla donde desplegaría su fuerza Pinochet.

El 10 de abril se entregó la nómina de retiros y ascensos en esa institución. Los seis generales que antecedían a Bonilla, entre ellos Torres de la Cruz, se fueron a retiro y éste pasó a ocupar, ahora oficialmente, el puesto del «sucesor». Pero la lista de los que partían no se detuvo en el ascenso de Bonilla. El general Sergio Nuño también fue sacado de las filas. Dos de los llamados «dueños» del Golpe en el Ejército, Nuño y Torres de la Cruz, abandonaron el tablero de operaciones, al que se incorporaron los coroneles Julio Canessa, jefe del COAJ, y Julio Polloni, nuevo director de Inteligencia, dos nuevos generales. La jugada habían sido maestra.

Los juegos de guerra de abril tuvieron también repercusiones en Buenos Aires. El coronel Carlos Ossandón[158] recibió la orden de abandonar su cargo de Agregado Militar y con ello la seguridad de uno de los hombres que más admiraba, el general Carlos Prats. Fue reemplazado por el coronel Joaquín Ramírez Pineda, ex comandante del Regimiento Tacna y responsable de la ejecución y desaparición de los «prisioneros de La Moneda»[159].

Esa calificación marcaría el inicio de una ceremonia que los medios de comunicación seguirían año a año con la misma expectación que despertaban en democracia las elecciones parlamentarias o los cambios de gabinete. Develar los ungidos y despojados del poder de facto se convirtió, así, en un ritual festivo de la dictadura.

Nuño supo, en ese momento, que tanto sus críticas en materia de Derechos Humanos, como su oposición a que grupos económicos tomaran el control de la devolución de empresas estatizadas o intervenidas por el gobierno de Allende, lo habían convertido en pieza a neutralizar. Un nuevo poder económico arremetía por todos los flancos dejando muchos heridos en el camino. Los muertos corrieron por cuenta de la DINA.

[158] Carlos Ossandón regresó a Santiago y debía ascender al generalato, pero no lo hizo. Se fue a retiro. Sus hijos fueron detenidos por la DINA.

[159] Joaquín Ramírez Pineda llegó en abril de 1974 a Buenos Aires y dejó la agregaduría militar en noviembre del mismo año, días después del asesinato del general Carlos Prats. A su regreso, fue premiado con los directorios de las empresas más importantes: Copec (1975-1980), Celulosa Arauco y Constitución (1979-1980), presidente de Entel (1979). Fue también embajador en Sudáfrica (1983) y luego Rector de la Universidad de La Serena.

Andrés Allamand, el joven líder de la protesta estudiantil secundaria contra Allende, estudiaba Derecho en la Universidad de Chile. Un episodio de esos días determinó no pocos de sus comportamientos posteriores.

Andrés Allamand:

-Miguel Allamand, mi padre, ingeniero y ejecutivo de INDUGAS, había desarrollado en esa compañía un importante proyecto industrial durante la época de la Unidad Popular. Su relación con los trabajadores era muy buena por lo que varias veces que quisieron tomarse la fábrica, hubo quienes alertaron a mi padre. Cuando eso sucedía, él nos levantaba a todos los hermanos y éramos nosotros los que nos tomábamos la fábrica, cambiábamos todos los candados y la cerrábamos. Afuera se formaban piquetes y ahí salía mi papá y les decía a los dirigentes que no se olvidaran que él estaba adentro. La respuesta, invariable, era que la acción no estaba dirigida en su contra. Pero, finalmente, se la tomaron. Vino el Golpe y el 19 de septiembre los militares nombraron interventor de INDUGAS a mi padre. Ayudó a mucha gente y la echó a andar. Lo curioso fue que los dueños de la empresa, tan pronto la recuperaron, lo echaron. Eso sucedió cuatro o cinco meses después. Al parecer, hubo algunos directores o accionistas que se molestaron porque el gobierno lo designó sin consultarlos. ¡Una injusticia descomunal! ¡El pago de Chile! De ahí para adelante, no necesito que nadie me explique cómo actúa la llamada derecha económica.

Una apreciación que en esos días compartía el general Bonilla, ministro del Interior. En una de sus alocuciones por radio y televisión, les habló a los «que viven de un sueldo y un salario»:

-Nosotros estamos observando. Nos preocupa la suerte de ustedes. No teman, porque estamos con ustedes y no los vamos a dejar solos. Porque no pocos empresarios -muchos de ellos en el extranjero- al enterarse de que un pronunciamiento militar había puesto punto final al experimento socialista, pensaron que ello significaba el regreso brusco de la época de las vacas gordas del liberalismo manchesteriano...

Bonilla no estaba dispuesto a cederle el control del nuevo gobierno a determinados empresarios, que ya se instalaban

en algunas posiciones de poder y tampoco a un grupo de economistas que también comenzaban a ejercer su influencia. Pero su problema mayor lo tendría con Manuel Contreras y los servicios de inteligencia, los que en marzo le declararían la guerra.

El 15 de marzo de 1974, se informó de manera escueta, que José Tohá, el ex ministro de Interior y Defensa de Salvador Allende, hasta hacía pocos días prisionero de guerra en el campo de concentración de Isla Dawson, «se había suicidado». Los partidarios de la Unidad Popular se estremecieron en las cárceles secretas y oficiales, en las casas y en todos los países donde miles habían encontrado refugio. Tohá se había ganado la confianza y el cariño de partidarios y simpatizantes de la Unidad Popular. Tan breve fue la noticia como inmensa la duda que se instaló. Nadie creía que Tohá, cuya salud estaba gravemente deteriorada, se hubiese suicidado. Bonilla tampoco lo creyó. Hacía sólo una semana había ordenado su traslado al Hospital Militar. Y como no confiaba en Manuel Contreras, recurrió a su amigo, el general Ernesto Baeza, director de Investigaciones, para que esclareciera los hechos. Un informe confidencial del «coronel H. Hon, Gs», enviado al Departamento de Estado de los Estados Unidos, ilustra sobre los enemigos que enfrentaba el ministro del Interior:

> Ref (A) Informó que el gobierno está impulsando una fuerte campaña de prensa para convencer a la gente de que la muerte de Tohá fue el resultado de una larga enfermedad más que del maltrato recibido mientras estuvo en manos de los militares. La fuente dijo a R.O. el 16 de marzo, que la contrainteligencia chilena (CECIFA) había tenido a Tohá bajo su control hasta una semana antes de su muerte. Que éste estaba recibiendo toda la atención médica necesaria y había decidido voluntariamente escribir una serie de papeles sobre su relación con el ex gobierno de la Up. Estos papeles estaban proporcionando valiosa información a la CECIFA, implicando a varios militares en los asuntos del anterior gobierno. Hace alrededor de una semana, el general Bonilla había sacado a Tohá del control del CECIFA,

transfiriéndolo al Hospital Militar. En ese momento, Tohá dejó de escribir para la CECIFA, cortando una valiosa fuente de información. A las 12.55 horas del 15 de marzo, Tohá, que sufría de úlceras graves y no de cáncer, se ahorcó en su pieza de hospital. El general Bonilla, en vez de ponerse en contacto con la CECIFA, pidió personal de Investigaciones, los que interrogaron a 35 empleados del hospital. De este modo, la noticia se difundió rápidamente, exactamente lo que la CECIFA no quería... Como resultado de lo que se considera un tratamiento inepto de la muerte de Tohá, la CECIFA y el resto de los servicios de inteligencia están muy disgustados con Bonilla... La fuente dijo que este disgusto ha llevado a los servicios de inteligencia a reexaminar sus informaciones sobre los contactos del general Bonilla con los demócrata cristianos y el Cardenal Silva Henríquez.... El general Bonilla ha sido criticado a menudo por sus contactos con la DC y otros grupos que no están en la Junta. Esto, unido a la pérdida de información y al pobre tratamiento dado a la muerte de Tohá, puede significar que los servicios de inteligencia traten de socavar la posición de Bonilla...

Los problemas derivados de los prisioneros o del manejo económico no eran los que copaban la agitada agenda del flamante general Canessa en esos días. A partir de su ascenso a general, éste tuvo la autoridad para convertir el COAJ en la gran instancia coordinadora del gobierno, desplazando en esas labores al Estado Mayor de la Defensa Nacional. Y la primera área sensible a la que se abocaron fue la separación de las funciones ejecutivas y legislativas y un reglamento de funcionamiento de la Junta que delimitara el campo de acción de cada integrante. El borrador del Decreto Ley 527 ya estaba en marcha.

En la Fuerza Aérea el debate de fondo concitó la participación de todo el Cuerpo de Generales, el que tenía lugar, principalmente, en los almuerzos que cada lunes los congregaba en el comedor de la Comandancia en Jefe del edificio de calle Zenteno. En ellos, Leigh informaba en detalle de la marcha del país y de las decisiones que se estaban adoptando. Algo que en el Ejército jamás ocurrió.

El general de la Fuerza Aérea, Nicanor Díaz Estrada, era un comensal importante de esas reuniones. Como secretario del Estado Mayor de la Defensa Nacional, secundaba al almirante Carvajal en la coordinación de las tareas que el nuevo orden militar diseñaba, del mismo modo como antes lo había hecho para la actividad secreta de la conjura. Fue, por tanto, un protagonista de la primera fila del proceso en el que las Fuerzas Armadas asumieron el poder:

-Desde un principio se dijo que estaríamos en el gobierno solamente el tiempo indispensable para rectificar, lograr los objetivos trazados y devolver el gobierno a los civiles. Ese plazo nosotros lo estimábamos entre dos y cuatro años.

-Cuando dice nosotros, ¿a quiénes se refiere?

-A los generales que participamos en el Golpe de Estado. Porque yo participé en un Golpe y no en un «pronunciamiento», un eufemismo inventado para ocultar la verdad. Me refiero a los generales de la Fuerza Aérea, de la Armada y del Ejército que nos coordinamos para hacer esa acción. Y todos pensábamos que en tres años podíamos crear condiciones para que se eligieran autoridades nuevas. Y también que, en no más allá de cuatro años, estaríamos en condiciones de volver a nuestros cuarteles.

-¿Y cómo fue qué se produjo el cambio de plazos y decisiones?

-Eso yo no lo sé. Hay que preguntárselo al señor Pinochet. Fue él quien cambió los plazos. Hubo algunos señores que quisieron aprovecharse de las circunstancias para hacer una Constitución a su medida. Pero eso jamás partió de los militares. Y cuando surgieron las primeras proposiciones, nosotros, en la Fuerza Aérea, lo discutimos y todos estábamos de acuerdo con el general Leigh. Por ese y otros asuntos fueron los choques entre él y el general Pinochet. Y tan de acuerdo estábamos con Leigh que nos fuimos todos cuando a él lo echó Pinochet... El «movimiento del Once» buscaba hacer de Chile una sociedad más justa, más solidaria que nos permitiera a todos los chilenos sentirnos como tales, en primer lugar, y tolerar disentimientos naturales sin afectar nuestra ciudadanía común. Eso no se logró porque después del 11 de septiembre, particularmente por

presiones de grupos civiles de extrema derecha. Y así, la división no sólo se mantuvo sino que se acrecentó.[160]

El general Horacio Toro[161] fue otro testigo privilegiado de ese proceso, desde el segundo puesto de mando de la COAJ:

-El Cuerpo de Generales del Ejército jamás discutió ni analizó -como sí ocurrió en Uruguay y Argentina- las decisiones políticas del gobierno. Cuando se formó el COAJ, éramos un grupo de oficiales atónitos, perplejos, sorprendidos por la responsabilidad que nos caía. Llegamos con los conocimientos de oficial de Estado Mayor o de ingenieros politécnicos, con una gran voluntad de servir a la causa, una inexperiencia en el manejo político enorme, pero armados con ciertos elementos de análisis, de orden metodológico, técnicas en el trabajo de equipo y de apertura hacia las asesorías no militares, que nos permitió salir de un estado inicial de inoperancia. Fue un proceso, y en él se fue formando a oficiales en el manejo de la cosa pública y se fue convirtiendo no tan sólo en un órgano asesor, sino en una pequeña escuela de militares en lo político. De allí salieron subsecretarios, jefes de empresas importantes del Estado e incluso ministros. A mí me toco participar en el equipo que elaboró la Declaración de Principios de la Junta de Gobierno y el trabajo se hizo en medio de fuertes presiones y mucha tensión interna.

La arremetida de Pinochet y el Ejército fue fuertemente resistida por las otras instituciones castrenses. Fue en ese momento que el coronel Manuel Contreras, que para entonces desayunaba diariamente con Pinochet, devino en el mejor antídoto para inhibir las críticas y aumentar su poder: la «amenaza subversiva». En mayo presentó un informe, producto de la infiltración que dos de sus hombres

[160] Entrevista publicada por revista *Cauce* Nº 23 (17 de septiembre de 1984).

[161] Toro estaba en Santiago, pues días antes, en agosto de 1973, siendo comandante del Regimiento «Guías» de Concepción, el general Prats lo había separado del mando, a raíz de un memorándum sobre el descontento en las FF.AA. que circuló en esos días en los cuarteles de la capital y regiones. El 11 de septiembre del '73 lo sorprendió en Santiago. Participó en la ocupación y toma de prisioneros de la Universidad Técnica del Estado y luego secundó, durante algunos días, al general Ernesto Baeza en la reestructuración de la Policía de Investigaciones, hasta que Pinochet lo nombró en el COAJ. Esta entrevista fue hecha en 1988.

habían hecho en Argentina a «grupos extremistas». Ante la Junta Militar en pleno, dio cuenta de la reunión que se había realizado, en San Rafael, Mendoza, de los movimientos y partidos revolucionarios de Argentina, Bolivia, Chile, Uruguay y Brasil. Se está creando, dijo, un potente movimiento de liberación latinoamericano. Pocos días después, Pinochet proclamó, en Osorno: «Al otro lado de la frontera se preparan 14 mil extremistas con el fin de desarrollar actividades de índole terrorista en el país».

En esos mismos días, el general Bonilla tuvo un enfrentamiento determinante con el coronel Contreras. Fue el 15 de mayo, en un episodio que le reveló el abogado Eugenio Velasco, opositor al gobierno de Allende y ex decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad de Chile, al periodista Hernán Millas[162].

«El 16 de mayo de 1974 fui citado por el general Bonilla a su despacho. El ministro de Justicia, Gonzalo Prieto, se ofreció a pasar a buscarme y dijo que me acompañaría a la audiencia. Acepté. Me encontré con un hombre amable. Cordial. Empezó diciéndome que estaba enterado de mi intervención en la asamblea del Colegio de Abogados[163]. Le respondí que no me extrañaba porque debían haber estado presentes varios agentes de seguridad. Me contestó que en sus palabras no viera una amenaza, y que sólo quería felicitarme por mi coraje y mi valentía. Estaba confundido... 'Todo lo que usted dijo ahí es cierto y por eso lo he mandado a llamar', me expresó con voz firme. 'Quiero pedirle a usted, como a don Jaime Castillo, que me ayuden a parar los abusos', me añadió. Encontré desusada su petición. Además de que no podía colaborar con un régimen que no

[162] Artículo publicado en *La Epoca* el 17 de marzo de 1991.

[163] En diciembre de 1973, Velasco junto a otros once abogados -entre ellos Andrés Aylwin, Juan Agustín Figueroa, Jaime Castillo Velasco, Luis Ortiz Quiroga y Adolfo Zaldívar- le enviaron una carta a la Junta, a la Corte Suprema y al Colegio de Abogados, en la que reseñaban, desde la postura de adherentes al nuevo gobierno, el cuadro de violaciones a los Derechos Humanos en que se estaba incurriendo. Pedían, al final, la suspensión del Estado de Guerra. El documento motivó la reacción airada de Bonilla. El presidente de la Corte Suprema se comprometió a entregar el documento al pleno, pero nunca lo hizo y fue en el Colegio de Abogados donde, finalmente, en el curso de una asamblea, Velasco irrumpió y expuso en público «los angustiosos casos que estamos conociendo» ante el estupor de los abogados presentes. Los fiscales militares se retiraron de la sala.

era democrático, ¿cómo se explicaba que el segundo hombre del gobierno necesitase ayuda de un civil disidente? Me replicó que los mandos medios se habían sublevado y estaban cometiendo tropelías. Le contesté que me disculpase, pero encontraba muy extraño que en los gobiernos militares no fueran respetuosos del mando. De ahí que su explicación no me podía convencer. Fue, entonces, que el general Bonilla me hizo una espectacular revelación. 'Le voy a contar algo de lo que le pido me guarde la más absoluta reserva', empezó diciéndome. 'Ayer quise constatar si eran ciertos los rumores que me llegaban. Tomé mi helicóptero con mi ayudante y me trasladé a la Escuela de Ingenieros Militares en Tejas Verdes. Le dije a su comandante, el coronel Manuel Contreras, que quería visitar los calabozos. Titubeó, pero tuvo que llevarme. En mi recorrido me encontré con hombres tendidos boca abajo en el suelo, otros desnudos y amarrados, algunos colgados de los brazos y con su cuerpo en el aire. Se podía percibir que habían sido golpeados o torturados. Cuando comprobé que la realidad era más horrible que lo que me habían dicho, llamé al subcomandante y le comuniqué que él asumía el mando, y que el coronel Contreras quedaba arrestado para ser sometido a proceso'».

Pero Contreras no se había sublevado como pensaba Bonilla. Su poder emanaba del hombre que ocupaba el sillón principal, como lo constataría sólo días después el propio Bonilla.

El 14 de junio, la Junta Militar aprobó, finalmente, el Decreto Ley (521) que dio vida autónoma a la DINA y que se publicó en el Diario Oficial, del 18 de junio, pero sin los tres últimos artículos considerados «materia reservada». Un cable enviado por George Landau, embajador de Estados Unidos en Chile, al Departamento de Estado da cuenta del texto de esos tres artículos secretos: 9, 10 y 11. Allí se lee:

> Artículo 9: El Director de Inteligencia Nacional y los jefes de servicios de inteligencia, dependientes de las instituciones de la Defensa Nacional podrán coordinar directamente sus actividades para el cumplimiento de sus misiones específicas. Sin perjuicio de lo anterior y

cuando lo reclamare la necesidad imperiosa de la defensa del régimen institucional del Estado, la Junta de Gobierno podrá disponer la participación o coordinación de todos los organismos de inteligencia anteriormente mencionados en funciones propias de la DINA.
Artículo 10: Para el ejercicio de las facultades de traslado y arresto de personas, que se conceden por la declaración del Estado de Sitio u otras que pueden otorgarse en las circunstancias de excepción previstas en la Constitución Política, la Junta Militar podrá disponer de las diligencias de allanamiento y aprehensión, si fueren necesarias, sean cumplidas además por la DINA.
Artículo 11: La Dirección de Inteligencia Nacional será la continuadora legal de la comisión denominada DINA y organizada en el mes de septiembre de 1973.

Allí queda constancia que la verdadera acta de nacimiento de la DINA fue la comisión denominada DINA, organizada en septiembre de 1973. Nueve meses más tarde, el puño acerado y cerrado pudo al fin tener su timbre propio, en el que se lee: «República de Chile. Presidencia de la República. D.I.N.A.». La dependencia exclusiva de Pinochet fue también oficializada. El decreto salió publicado en el Diario Oficial el 18 de junio de 1974. Un día antes, tuvo lugar una de las reuniones de la Junta más importantes desde el 11 de septiembre.

Ese día, Pinochet entregó el proyecto de estatutos de la Junta Militar, el que separó las funciones, dejando las legislativas en manos del mando colegiado y las ejecutivas, en forma exclusiva y excluyente, en el Presidente de la Junta Militar, general Augusto Pinochet. El documento, de 14 artículos y con detalladas atribuciones para el Presidente, las que se incluyen en el artículo 10, provocó una áspera discusión pero finalmente fue aprobado. Canessa[164] fue infor-

[164] Julio Canessa presidió después, durante seis años, la CONARA, siendo, al mismo tiempo, Inspector General del Ejército. Fue comandante de Institutos Militares. En 1981, vicecomandante en jefe del Ejército, el segundo después de Pinochet. En 1985 dejó la vicecomandancia en jefe y asumió como integrante de la Junta Militar en representación del Ejército. En 1991 obtuvo el grado de magíster en Ciencias Políticas en la Universidad Católica, con una tesis titulada: «Estabilidad de los partidos políticos en el sistema institucional». Senador designado por el Consejo de Seguridad Nacional.

mado y preparó en el más completo sigilo la gran ceremonia pública que le daría vida legal a la transformación. El 27 de junio todo estuvo dispuesto. La puesta en escena incluyó la confección de una banda presidencial y una piocha que copió a la perfección la original, la que había pertenecido a O'Higgins y que se había perdido entre las cenizas y los escombros de La Moneda el 11 de septiembre. El único problema fue que los otros integrantes de la Junta no fueron informados. Sólo horas antes, cuando en el Salón Azul del Diego Portales ya estaba todo en su punto, con prensa incluida, los otros integrantes de la Junta Militar fueron notificados del detalle del acto al que debían asistir. Nunca antes se había producido un intercambio tan duro de opiniones y epítetos entre ellos. *En La Historia Oculta del Régimen Militar* (de Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda) se relata parte importante de ese episodio.

-¡Te creís Dios! - le gritó Leigh a Pinochet en un momento- ¡Hasta cuándo!

-¡Aquí ya está bueno de joder! ¡Si hay tanto barullo se suspende todo y vemos cómo se arregla esto! No voy a permitir que se juegue con el país! -replicó Pinochet, con la misma ira.

Enfurecido, el general Pinochet terminó sus palabras golpeando con su puño la cubierta de vidrio de la mesa. Hubo un ruido seco y luego un crujido de astillas. El cristal se rajó: aquella fractura sería todo un símbolo.

-Has convocado a la prensa, a las autoridades, a medio mundo. ¡Qué vas a suspender! - gritó Leigh.

Los cuatro entraron al Salón Azul con evidentes huellas del incordio no resuelto. La ceremonia, breve, resultó emotiva para Pinochet. Con los ojos brillosos agradeció al presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano, la colocación de la banda presidencial y la investidura del principal cargo del país. Hacía sólo un año que, en el frontis de La Moneda, había sellado con un abrazo al general Prats y frente a todos sus hombres la lealtad a su mando y a la defensa del gobierno constitucional ante la rebelión del Blindado («Tanquetazo»). Ese 27 de junio, el general Prats también estaría presente. Cuando la ceremonia concluyó, le

mandó la carta que sólo esperaba su nueva investidura para ser despachada a Buenos Aires. Allí se lee:

Debo expresarle que se ha mantenido hacia su persona una línea deferente y la Institución ha guardado silencio, pese a que en sumarios de otras instituciones su nombre ha figurado en repetidas oportunidades, sin embargo no se ha querido ahondar en esta materia por tratarse de un ex comandante en jefe que merece la consideración que se le debe a todo general.

Ahora bien, con respecto a su afirmación de que «no se ha entrometido en el quehacer de su sucesor», estimo no es procedente tal declaración, puesto que el suscrito en su calidad de Presidente de la Junta de Gobierno y comandante en jefe del Ejército, no se lo aceptaría ni al Sr. General ni a nadie.

Augusto Pinochet Ugarte
Presidente de la H. Junta de Gobierno
Y Comandante en Jefe del Ejército

Lo que venía ya estaba preparado, por lo que sólo necesitó unos pocos días para ultimar detalles. El 11 de julio se procedió al cambio de gabinete. Era el primero que se adecuaba al nuevo mando de la Junta Militar. El almirante Patricio Carvajal, cuya situación en Defensa había quedado en desmedro, ya que el Estado Mayor de la Defensa Nacional había sido sepultado por el COAJ, fue premiado con la cartera de Relaciones Exteriores. Su antecesor, el vicealmirante Huerta, debió partir como embajador a la ONU. A la Fuerza Aérea intentó calmarla aceptando que Leigh impusiera a dos de los articuladores del Golpe: el general Nicanor Díaz Estrada, secretario del Estado Mayor de la Defensa Nacional, fue nombrado ministro del Trabajo; y el general Francisco Herrera, ministro de Salud. No tuvo la misma suerte el general Arturo Yovane, ministro de Minería. Pinochet aprovechó la ocasión para sacar a la pieza más débil del grupo de la conjura inicial y en su lugar puso al recién ascendido a general de Ejército Agustín Toro Dávila. El otro frente importante fue el área económica. El almirante Gotuzzo debió cederle el paso al nuevo ministro de Hacienda, Jorge Cauas, hasta ese momento vicepresiden-

te del Banco Central. En el banco quedó Pablo Baraona. Y en la CORFO, el general Nuño ya había abandonado el proceso de reorganización de las empresas estatales, las que en su mayoría habían sido puestas en manos de uniformados en servicio activo o en retiro, a la espera de la devolución a los antiguos propietarios de las que habían sido intervenidas por el gobierno de Allende. Esa fase era la que venía. Con esos cambios se consagró el nuevo dominio del grupo de economistas que comenzaba a tomar el control en el país.

El cambio más importante fue entre los generales de Ejército. Y Bonilla, el principal sacrificado. Sin que mediara explicación pública alguna, el ministro del Interior y «sucesor» oficial de Pinochet, fue sacado de esa titularidad y enviado al Ministerio de Defensa. En su reemplazo llegó el general César Raúl Benavides, el hombre de confianza, el que le debía su ascenso y la permanencia en el puesto en forma exclusiva a Pinochet. No fue la única jugada. Los «dueños» del Golpe en el Ejército tuvieron otra pérdida. A la salida de Nuño se agregó la del general Arturo Vivero. Al Ministerio de Vivienda llegó el contralmirante Arturo Troncoso, otro de los grandes conjurados.

Siguiendo el camino que había escogido para el general Rolando González, el general Sergio Nuño fue enviado de embajador a Bélgica y Yovane[165] a Irán. El general Manuel Torres de la Cruz recibió la embajada en El Salvador.

Los cambios dejaron a muchos perplejos y sin voz. Los militares habían vuelto a ser los grandes mudos del sistema. Bonilla nada dijo. Manuel Contreras tampoco apareció en el escenario central. Su poder lo ejercía en las sombras y, principalmente, cada mañana, cuando desayunaba con Pinochet y aprovechaba de informarle de los enemigos externos e internos. El camino estaba más limpio sin Bonilla en el Ministerio del Interior y sin Gonzalo Prieto de ministro de Justicia. Este fue también cambiado por el general de Carabineros, Hugo Musante. Además, ahora tenía a uno de sus hombres en una posición clave para controlar a Bonilla

[165] El general Arturo Yovane fue después embajador en Honduras (1977) y luego en Turquía y Pakistán. Falleció en septiembre de 1997.

y mantenerlo neutralizado: el coronel Oscar Coddou[166] fue nombrado subsecretario de Guerra. Por su mano pasarían los fondos reservados y destinaciones que él requería para la DINA.

La operación del nuevo financiamiento para la DINA pudo ser iniciada. La fase previa había sido ejecutada sólo días antes: el 24 de julio tuvo lugar la primera sesión del directorio de la empresa «Pesquera Chile». Los directores nombrados por la CORFO -comandantes Gonzalo Ramírez Zepeda, Mauricio Silva Celis, Carlos Penaglia y Hubert Fuchs Asenjo- constataron la excelente marcha financiera de la empresa. Eso fue todo. Una vez que Pinochet ejecutó los cambios en el gabinete, Contreras movió las siguientes piezas en su tablero económico. El 29 de julio, el ministro de Agricultura, Tucapel Vallejos, (general de Carabineros) autorizó la transformación de la «Pesquera Harlyng» en «Empresa Pesquera Chile Limitada» («Pesquera Chile») así como el traspaso de todos sus activos y pasivos. Todo ello lleva la firma de Vallejos, del ministro de Hacienda, Jorge Cauas y de Augusto Pinochet, Presidente de la Junta de Gobierno. El 30 de agosto, en la segunda sesión del directorio de la «Pesquera Chile», el gerente general designado por la CORFO delegó todas sus facultades en tres hombres de Contreras: Hubert Fuchs, Luis Díaz Andrade y Luis Valdebenito.

El documento vino a oficializar el control que ejercía Contreras sobre esa empresa desde el mismo 11 de septiembre y que también incluía a la «Pesquera Arauco», donde instaló a otro de sus hombres: Hubert Fuchs, ex oficial de la Armada. Ese control se legalizó en escritura pública, el 21 de octubre de 1974. Así, dos oficiales en retiro de la Armada -Olavarría y Fuchs- se convirtieron en los pilares de un poder económico autónomo que le iban a permitir a Contreras montar una máquina de represión

[166] Oscar Coddou estuvo siempre estrechamente ligado a Manuel Contreras, al punto de que fueron socios en la empresa CONAS. En los años 70, fue investigado por el FBI, ya que, según un informe interno, él habría sido el hombre que sacó al extranjero la documentación secreta de la DINA cuando ésta dio paso a la CNI en 1977. Fue rector de Inacap.

y sometimiento, la que abarcó, incluso, a los partidarios del nuevo régimen.

En la agenda de uno de los generales «dueños» del Golpe en el Ejército, se lee en una página de agosto de 1974:

«Diría que a partir del segundo semestre de 1974, el gobierno chileno empezó a tomar una marcada tendencia de extrema derecha, prescindiendo, incluso, de sectores importantes del ex Partido Nacional que habían apoyado sin reservas la acción de las Fuerzas Armadas».